

BOXILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

¡AL LADRON!

vic logan



COLECCION

PUNTO ROJO



VIC LOGAN

¡AL LADRON!

Colección **PUNTO ROJO** n.º 527

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Dépósito legal: B 7.384 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: mayo, 1972

© VIC LOGAN, 1972
sobre la parte literaria

© ENRIQUE MARTIN, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.128. — El reloj.

En Colección PUNTO ROJO:

523. — El juego.

En Colección ASES DEL OESTE:

652. — El último en reír.

En Colección SALVAJE TEXAS:

835. — Matanza en Valle Perdido.

En Colección KANSAS:

672. — Madera podrida.

En Colección BRAVO OESTE:

584. — Pareja de damas para el vaquero.

En Colección CALIFORNIA:

798. — En legítima defensa.

En Colección COLORADO:

720. — De distinta raza.

CAPÍTULO PRIMERO

Se llamaba Clif Coole. Su lugar de trabajo eran las grandes terminales; trenes, muelles, aeropuertos, etc.

A primera vista parecía un *gentleman* inglés; pelo rubio, bigotito, traje de buen corte, elegante, en suma, y de exquisitos modales.

Pero no era ni *gentleman* ni inglés. En cuanto a los modales podían ser buenos, y elegante el traje, pero...

Clif Coole era un ladrón.

Bueno. En términos forenses, ladrón no era exactamente la definición, pero la verdad es que solía apoderarse de lo ajeno.

Veámoslo actuar.

La Gran Central de Nueva York, atiborrada de futuros pasajeros, de curiosos, de recién llegados, de público en general, fue aquel día el lugar elegido por Clif Coole.

Traje gris príncipe de gales, cruzado, corbata oscura, camisa blanca, todo impecable, Clif caminaba con firmeza por uno de los andenes.

Tropezó con alguien y se excusó cortés:

—¡Oh, disculpe, cuánto lo siento!

Mirando al individuo con el que había tropezado fue a parar de bruces contra otro que tenía el tiempo justo para tomar el tren.

—Excúseme. Perdón. Lo siento.

Y tuvo un tercer tropezón con otro hombre con aspecto de ir a esperar a alguien.

—¡Perdón! ¡Hay tanta gente por aquí! Discúlpeme...

Los trenes llegaban y salían, la gente continuó afluyendo. Nadie hacía demasiado caso de tropezón más, tropezón menos.

Pero luego...

Luego venían las consecuencias.

Y aquel día, los tres individuos empujados por el *gentleman*

tuvieron ocasión de recordarle.

—¡Mi cartera! ¡Me han robado mi cartera! —gritó el individuo recién llegado.

En el compartimiento de un tren, el hombre que tenía el tiempo justo señaló:

—Ha sido el tipo que se ha tropezado conmigo en el andén. ¡Estoy seguro! ¡Me ha robado, me ha robado!

Y el del vestíbulo, en el momento de ir a sacar los billetes exclamó:

—¡Me han robado! ¡Tenía mi cartera aquí y ahora no está! Creo que ya sé quién ha sido... El tipo del traje gris... Sí, ha sido él...

Y el «tipo» del traje gris príncipe de gales, de la camisa blanca impecable y de la corbata oscura estaba ya montado en un taxi camino de su hotel.

Luego, tumbado en el apartamento que ocupaba en el Plaza contaba las ganancias de unas pocas horas de trabajo. Bueno. En realidad no eran horas, sólo minutos. Minutos de trabajo activo, el resto era imaginación, porque aquello tenía su arte. Por ejemplo saber «oler» dónde había dinero.

—Hay gente muy desprevenida. Dos mil ciento noventa y cuatro dólares en cuatro billetteros. Mucho dinero para andar por el mundo —murmuró expresando un pensamiento en voz alta.

Dejó el dinero junto a las carteras que yacían sobre una mesita y se dirigió al cuarto de baño privado.

Clif vivía bien. Le gustaba vivir bien... como a todo el mundo, claro.

Frente al espejo se quitó el bigotito postizo, igual hizo con la cabellera rubia, y borróse una peca coquetona que adornaba su pómulo izquierdo.

La imagen que reflejó el espejo tras el cambio fue la de un americano corriente, del Norte —Milwaukee tal vea—, joven, de unos treinta años escasos, risueño y amante de la buena vida.

Guardó cuidadosamente los postizos en una de esas carteras de mano popularizadas por los que quieren hacerse pasar por hombres de negocios, se lavó la cara y se pasó el peine sin mojarse el cabello.

—Por hoy creo que ya he trabajado bastante —dijo en voz alta.

Momentos después salía a la calle, con pantalón, niky de cuello alto y cazadora, para dirigirse al Banco.

—Mi llave, por favor —pidió al encargado de las cámaras particulares de la entidad bancaria.

—Buenos días, señor Coole. Aquí tiene, la 1427.

—Buena memoria —sonrió Clif.

—Viene usted todos los días —repuso el empleado.

—Sí, claro. Todos los días —repuso Clif tomando la llave.

Bajó al compartimiento de cajas acorazadas particulares y saludó al empleado vigilante que le acompañó como un acomodador, tal y como era preceptivo en la empresa.

—¿Me permite, señor Coole? —Le tomó la llave para abrir personalmente la caja, pero sin tirar de la puerta.

—Ya está bien, Sanders... Tómese un *whisky* a mi salud —y le largó un par de billetes.

—Es usted muy amable, señor Coole.

—Vive y deja vivir. Éste es mi lema —sonrió como si masticara chicle.

El empleado se retiró lo suficiente para dejar manipular solo a Clif en el interior de la caja. Estaba lo suficientemente lejos como para no ver lo que había dentro.

Y dentro había un buen pico de billetes que Clif sonrió al verlos.

—¡Hola, mis pequeños! —saludó como si el dinero tuviera oídos y pudiese comprender—. Os traigo hermanitos para que os hagan compañía... Portaos bien, ¿eh?

Dejó otro fajo y volvió a cerrar.

—Listo, Sanders —dijo.

—Hasta mañana, señor Coole —saludó el vigilante.

—Bueno... Si hay suerte, desde luego. Hasta mañana.

Salió del Banco y respiró una bocanada de aire puro.

En el Nueva York de 1971 puede respirarse aire puro desde que los aparcamientos para coches particulares cuestan de tres a seis dólares la hora, según las zonas.

Y en Nueva York, pueden ya cruzarse las calles por cualquier parte haciendo caso omiso de los semáforos, porque prácticamente solo circulan los coches de servicio público, y aun siendo muchos, suelen circular con notoria prudencia.

Coole cruzó la calle rápidamente preguntándose dónde iría a almorzar.

No se fijó especialmente en un «Ford» privado aparcado cerca

del Banco, ni en sus dos ocupantes, que pusieron un especial interés en seguirle con la mirada.

El que estaba al lado del que conducía el «Ford» dijo:

—Creo que se dirige a la calle Cuarenta y Cuatro.

El otro asintió y dio el encendido al vehículo, que de inmediato avanzó a marcha lenta siguiendo a Clif Coole.

El carterista pasó de largo la primera esquina y continuó como si su camino le llevara a Central Park.

El auto continuaba tras él a marcha lenta, como uno de tantos que buscara una tienda determinada donde detenerse el tiempo justo que permiten los policías dejar el vehículo.

Dobló por una calle transversal y entonces aceleró.

—Sal por la otra esquina —dijo el que daba las instrucciones.

El coche se detuvo ante el semáforo y aguardó en la calle indicada.

Clif Coole tardó unos cinco minutos en aparecer.

—Central Park —dijo el del coche, satisfecho de haberlo adivinado—. Seguro que va a almorzar.

—Como de costumbre —murmuró el chófer.

Clif cruzó de nuevo la calle y se metió en un restaurante lujoso. Ya hemos dicho que le gustaba vivir bien.

Entrar y salir fue cosa de un instante.

Había visto a una persona que cruzaba la acera. De entre las muchas que pasaban una le había llamado la atención.

—¡Cintya! —llamó a tres metros de la muchacha.

Cintya era una joven de unos veinticinco años. Vestía con modernismo, falda corta, blusa, chaquetilla-bolero y lucía una larga y «despeinada» melena. Todo le favorecía en grado superlativo, porque tenía cuerpo para lucirlo y piernas para mostrar y la minifalda le permitía mostrarlas con generosidad.

—¡Clif! —exclamó ella al reconocer al hombre que acababa de llamarla.

—Éste es un encuentro feliz... No sabía que estuvieras en Nueva York —dijo él, aproximándose.

—Ni yo que estuvieras tú... Me dijeron que estabas en Europa.

—Bueno... Tenía que ir de *tourné* —sonrió él—. Pero a última hora el empresario decidió hacer el viaje con las chicas solamente... Ya se sabe. El noventa y cinco por ciento de ciertos espectáculos son

las chicas... La gente se ha vuelto materialista.

Ella sonrió.

—¿Y cómo te va?

—¡Pse! No puedo quejarme. ¿Y tú?

—Nueva York me aturde... Hace sólo tres semanas que estoy aquí. Una amiga me ofreció trabajo. ¡Buf!

—¿Qué? ¿Pagan mal?

—Camarera de un bar. Al principio el dueño se conformaba con que sirviéramos con falda corta. Ahora exige bikini. No... No... No es para mí.

—Bueno. No hay nada malo en ello.

—Claro que no. Lo malo son los clientes. No se conforman con pedirte un *whisky*. Lo piden con las manos. No me gusta, de veras.

—¿Qué clase de bar es éste? Pero ya me contestarás mientras tomamos algo. Iba a almorzar. ¿Lo has hecho tú ya?

—Todavía no, pero...

—No hay más que hablar. Entra en el Rogers.

—¿Es aquí? —inquirió ella, echando una ojeada a la fachada del lujoso restaurante.

—Sí.

Cintya lanzó un silbido.

—¡Las cosas deben irte muy bien!

—Pues sí. Tengo un negocio privado y... hasta ahora no puedo quejarme. Vamos. Te invito. Éste es un encuentro especial.

—Cuando lo cuente en Milwaukee no me van a creer.

—Pues no lo cuentes. A nadie le importa cómo vivo yo. Además, ¿quién se acuerda de Clif Coole?

—¡Ya lo creo que se acuerdan algunos! —repuso ella, cruzando el umbral de las puertas que se abrían automáticamente al cruzar los ojos electrónicos—. El siempre leían las carteleras de espectáculos para ver cómo anunciaban a *El Mago Gentleman*. Me hubiera gustado verte actuar.

—No tuve un gran éxito... —Se aproximó el *maître* y Clif pidió —: ¡Mesa para dos! Un lugar tranquilo.

—Al momento, señor. Por aquí.

Y les condujo a uno de los rincones desde el que podía verse el gran parque neoyorquino.

Lujo, silencio, buena decoración y mejores vistas.

El camarero les trajo las «cartas».

—Elige tú por mí. Yo no suelo comer en sitios como éstos —dijo ella.

—Consomé para dos, ostras y *roast beef*. Vino blanco para las ostras y *rosé* para el *roast beef*. ¡Ah! Traiga un par de martinis para empezar.

Devolvió las cartas y volvió a proseguir la conversación.

—¿En serio no tuviste éxito? —preguntó Cintya interesándose por el antiguo trabajo de Clif.

—Bueno... La gente no silbaba. Sobre todo el número de las carteras.

—¿El número de las carteras? —preguntó ella.

—Sí... Mi última especialidad.

—¿En qué consistía, Clif? —quiso saber la joven.

—¡Oh, pues...! Muy sencillo. Robaba las carteras a la gente —sonrió él—. Entonces era solo... un juego.

Y en la calle, los dos ocupantes del coche se habían detenido frente al restaurante.

—Vamos a entrar para hacer un par de fotografías —dijo el que estaba al lado del chófer—. Deja el coche aquí un momento. Luego nos largaremos. Creo que por hoy ya está bien.

—Llevamos ya una semana en esto —repuso el chófer.

—Bueno. Después de todo, nos pagan para esto, ¿no?

El conductor emitió unos gruñidos incoherentes, puso el freno de mano y salió.

CAPÍTULO II

El teniente Herbert Siodmak se llevó las manos a la cabeza y exclamó:

—Basta, basta... Comprendo que quieran recuperar su dinero. Todo se andará.

Uno de los denunciantes espetó:

—Llevaba seiscientos dólares en mi cartera... ¿Qué clase de policía tenemos que no protege a los contribuyentes de desaprensivos que andan sueltos?

Hubo varias protestas porque también eran bastantes los denunciantes.

—Hemos tomado nota de las señas de ese carterista. Alto, pelo rubio, bigote y vestido con elegancia... No son ustedes los primeros en quejarse... Ya he dado instrucciones a mi departamento para que estén alerta. No se preocupen... Ese hombre caerá en nuestras manos.

Los denunciantes no parecían demasiado conformes con simples promesas. Querían hechos. Bueno. Lo que querían en realidad era que se les devolviera el dinero que el *gentleman* les había birlado tan limpiamente.

—Váyanse tranquilos. Estamos aquí para ayudarles. No lo olviden, ni pierdan la calma. Todo lo que necesitamos es tiempo —intentaba calmarles el teniente Siodmak.

Luego con una seña indicó al sargento que le sacara de encima a los denunciantes.

—Ya lo han oído, señores. Déjennos trabajar. Si el teniente dice que atrapará al ladrón es porque lo atrapará.

—Promesas, promesas —masculló el más parlanchín.

Por fin la gente dejó vacía la oficina del teniente, que lanzó un suspiro de alivio.

—Buf... Como si estuviéramos cruzados de brazos...

—Sí, señor. Algunos piensan que tenemos cuatro patas, cuatro manos y dos cabezas —repuso el suboficial.

—Y a todo esto... ¿Qué se ha hecho, sargento? —inquirió el jefe.

—Bueno. Ya hemos puesto vigilancia especial en los lugares donde suele operar ese individuo.

—¿Han averiguado si su indumentaria y señas personales son auténticas o pueden obedecer a un disfraz?

—Su forma de actuar, señor, indica que es nuevo en la plaza. Por lo menos nuevo desde que empezaron a llover las denuncias.

—¿Cuánto tiempo hace?

—Dos semanas.

—¿Y en dos semanas no han podido dar con él?

—No opera siempre en los mismos lugares. Y no tenemos hombres suficientes, teniente.

—Pero las señas coinciden.

—Sí, sí... Siempre lo mismo, elegante, rubio, sombrero de cien dólares, buenos modales y bigote.

—O sea que no cambia de personalidad.

—Que se sepa, no, señor —repuso el suboficial.

—Bien, sargento... Hay que cazarle. No creo que sea tan difícil. Mañana iré yo personalmente.

—¿Y qué lugar va a elegir, señor?

—Ya lo pensaré... ¿Dónde actuó hoy nuestro hombre?

—En la Estación Central.

—Hummm... ¿Y ayer?

—Las denuncias vinieron del puesto de autobuses suburbanos, de la empresa Rosenberg.

—¿Y el aeropuerto?

—Estuvo la semana pasada... Tengo un informe, señor... Véalo.

Y el sargento mostró una nota al teniente que tras una rápida ojeada manifestó:

—Parece que alterna los días... Un sitio diferente cada tres días... Veamos qué hizo tres días antes... ¡Oh! La estación de helicópteros de la Panam.

—En efecto, señor.

—Pues iremos allí. Usted vendrá conmigo, pero los demás que no dejen de vigilar todos los puntos de aglomeración. No hay que confiarse.

—De acuerdo —repuso el subordinado.

El cerco se estrechaba para Clif Coole, que en aquellos momentos terminaba su comida en compañía de la hermosa Cintya.

—¿Qué tienes que hacer esta tarde? —le preguntaba.

—Hoy es mi último día de trabajo.

—¿Hoy?

—Si no voy el patrón no me va a pagar. Le dije que no quería trabajar en aquel ambiente y que me abonara lo que me debía. Dijo que debía terminar la semana. Por eso iré.

—Mándale a paseo.

—Necesito el dinero para el avión.

—¿Dónde piensas ir?

—A Chicago.

—¿Chicago?

—Sí, Hellen Reynolds está en Chicago, trabaja en una agencia de viajes y me dijo que seguramente me darían trabajo. Probaré allí. A Milwaukee no quiero volver. Cuando decidí largarme me hice el propósito de no volver.

—Bueno. ¿A qué hora empieza tu trabajo?

—A las seis... hasta las dos de la madrugada.

—Tenemos tiempo de ir al cine. Vamos... Iremos a tomar algo por ahí y luego elegirás el programa que más te guste.

—Quisiera preparar mis cosas, Clif. Encargué el pasaje para el avión de mañana a las diez, y cuando regreso vengo rendida.

—De acuerdo, te acompañaré a tu casa. ¿Dónde vives?

Un taxi les llevó hasta el modesto hotel que ocupaba la muchacha y al llegar ella susurró:

—Tengamos cuidado. La patrona no permite que entren hombres. Es una gruñona, pero no cobra muy caro, por eso se puede aguantar.

—No te preocupes.

Pasaron furtivamente como dos ladrones. Clif ya tenía alguna práctica en aquello.

Cuando estuvieron en la habitación de la muchacha, una pieza única a excepción del cuarto de aseo con ducha solamente, ella manifestó:

—Me cambiaré de ropa. Si hemos de ir al cine...

—No te molestes. Vas bien así.

—De todos modos quisiera ducharme. ¿Tenemos tiempo?

—¡Todo el que tú quieras, nena! ¿Te desabrocho algo?

—¡Oh! Te has despabilado mucho —sonrió ella yendo hacia el cuarto de aseo.

El sonido del agua al caer sobre el esbelto cuerpo de la joven podía oírlo Clif desde la habitación donde se encontraba ojeando la calle a través del cristal de la ventana.

Luego apareció ella envuelta en un albornoz muy corto y una toalla en la cabeza.

—¡Magnífica! Me recuerda un número de aquel teatracho de variedades —sonrió Clif.

—Voy a vestirme —anunció ella.

—¿Por qué no nos quedamos aquí? —sonrió él aproximándose.

—¡Oh! Creo que el vino te ha hecho mucho efecto —bromeó Cintya.

—Eres adorable. ¡Anda! Vístete o, si no, no nos movemos.

Se volvió hacia la ventana y a través de los cristales observó cómo Cintya se apresuraba.

Luego salieron juntos.

La casera, que ocupaba la planta baja del pequeño edificio, les vio salir juntos.

—¡Esto está bien! —Gruñó—. ¡A la que vuelve una la espalda mira lo que ocurre!

—Es un amigo mío de Milwaukee señora Lodge... Ha venido a... despedirme. Mañana me voy —se excusó ella.

—¡Más le vale! Porque no quiero la indecencia en mi casa.

—Pero... ¿De qué diablos habla? —masculló Clif.

—¡Anda, vámonos! —susurró ella a fin de que no se armara un escándalo.

Salieron a la calle.

—¡Vaya una mujer! Si no te marcharas mañana te diría que vinieras al Plaza. Allí nadie se mete con nada.

—¿Vives en el Plaza?

—Bueno... Desde hace una semana, ya te he dicho que las cosas me van bien.

—¡Oh! Bueno... ¿Paseamos?

—Lo que tú quieras.

—Me encanta pasear... Me gusta esta ciudad... Pero no he

tenido suerte. Ahora que me voy lo siento.

—No te vayas.

—Ya se lo he dicho a Hellen Reynolds. Me esperará mañana en el aeropuerto de Chicago.

—¡Oh, es verdad! Es una lástima.

—Bueno. Una nunca sabe lo que es mejor.

Paseando se les fue el tiempo.

Tenían mucho de que hablar y a Clif le gustaba la compañía de la muchacha que se mostraba afable, sencilla, natural. Y además era bonita, muy bonita.

—Quizá en Milwaukee nunca me había fijado realmente en cómo eras —comentó Clif expresando lo que pensaba en voz alta.

Luego al llegar ante la boca de un *subway*, él dijo:

—Anda. Iremos a Broadway.

Bajaron la escalera y pasaron por las puertas automáticas.

Mediante el pago de sesenta centavos, aparecieron los dos billetes para viajar en el Metropolitano.

Tras el viaje descendieron en Times Square.

Entre la multitud alguien tropezó con Clif, y también entre la multitud el joven de Milwaukee se llevó una cartera en el bolsillo.

Pero aquella vez, el perjudicado se dio cuenta a tiempo.

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón! —gritó—. Me ha robado la cartera.

—¡Cielos! Un ladrón —exclamó la joven.

El miró con el rabillo del ojo y comprendió que le habían descubierto.

—Bueno —murmuró—, es mejor que vayamos deprisa. Aquí puede armarse un jaleo y no me gustaría estando contigo.

Aceleró la marcha.

El andén lleno de gente se llenó también de empujones.

Clif volvió a acelerar la marcha obligándola a ella a seguir casi corriendo y a empujar a todo el que iba por delante.

—Pero ¿por qué corremos tanto? —preguntó Cintya.

—No me gustan los líos. Ya sabes lo que ocurre en estos casos.

—¡Al ladrón! Es aquél... ¡Va con una joven! —gritó el perjudicado.

La gente no sabía exactamente a quién se refería el hombre que gritaba, porque había más parejas entrando o saliendo.

—No. No sé lo que ocurre en estos casos —repuso Cintya.

—Ya te contaré —contestó Clif rápidamente y alcanzaron la escalera de subida al rellano superior.

—¡No dejen que se escape! —gritaba el que había sido robado, abriéndose paso a codazos.

Más libres ya de gentes, la pareja Cintya y Clif prácticamente estaban corriendo.

—¡Clif! Parece como si nos persiguieran a nosotros.

—¿Tú crees? —sonrió él.

—Estamos corriendo.

—Escucha, querida... Tú sube por aquella escalera del fondo. Yo quiero ver lo que ocurre.

—Pero...

—No discutas. Espérame a la entrada del Sinclair.

Está a diez metros de la salida del Metro. Ponen una película de Marlon Brando. ¿Te gusta? Anda, date prisa... Yo... Yo tengo que telefonar.

Ella no acababa de comprender la prisa de Clif, pero él insistió:

—Vamos. No quiero que te quedes ahí.

—¡Por ahí! ¡Por ahí! —gritaba una voz.

Y un par de policías subían la escalera con el denunciante.

Apenas la muchacha se había ido en la dirección que Clif le indicó, él tomó el otro corredor y echó a correr sin disimulos.

Procuró mezclarse entre la gente y luego torció por otro de los corredores de aquel laberinto subterráneo donde más de un neoyorquino se ha perdido.

Logró alguna ventaja y llegando a otro vestíbulo entró en unos lavabos.

Se metió dentro de un WC. Cerró y sacó la cartera del bolsillo.

—Palabra que me fue a la mano sin darme cuenta —murmuró en voz baja para sí mismo.

Observó que el único dinero que había eran diez dólares.

—¡Y por esto tanto escándalo! —espetó.

Salió de los lavabos y miró a derecha e izquierda.

Los policías estaban lejos con el hombre que había sido robado. Miraban a la gente tratando de descubrir al carterista.

Un muchacho de color, con su caja de limpiabotas, deambulaba cerca de uno de los bares del vestíbulo.

Clif se acercó con la cartera en la mano.

—¡Eh, chico! Verás a unos policías que andan siguiendo a no sé quién. Dales esto. ¿Quieres? —Y le largó un dólar de propina.

El negro guardó el dinero y se quedó mirando la cartera. Clif torció por otro corredor en busca de una salida.

Poco después el negrito decía a los agentes.

—Poco sé... Me la ha dado un *blanco*. Se ha ido por ahí... —Y señaló la dirección por la que Clif había desaparecido.

Y Clif poco después se reunía con la muchacha de Milwaukee, que aguardaba en la puerta del cine que él mismo le había indicado.

—No ponen ninguna película de Marlon Brando —dijo ella.

—Me habré confundido de cine.

—Bueno. A mí no me importa —repuso Cintya.

—Entonces entremos —sonrió él.

Echó una mirada hacia atrás. Nadie le buscaba. Se encogió de hombros. Se sentía tranquilo.

En el cine ya no pensó más en su «profesión». Tampoco se interesó demasiado por la película. A su lado tenía «algo» que valía más la pena. Tenía a Cintya... Una hermosa mujer.

CAPÍTULO III

Eran las ocho de la mañana cuando Clif la llamó por teléfono.

—Siento despertarte, pero es para despedirme —dijo a Cintya.

—¡Oh! No eres el primero ¡Vaya una noche!

—Creí que lo habías pasado bien —repuso él.

—Claro que lo pasé bien contigo —susurró ella—. Me han llamado de la oficina de reserva.

—Son muy madrugadores.

—Dejaron el recado. Lo encontré cuando llegué anoche, después de... que me dejaste.

El sonrió.

—¿Y qué?

—No hay plaza hasta las dos.

—Así podrás dormir un poco más.

—Ahora ya no tengo sueño.

—Yo tampoco he dormido mucho esta noche.

—Bueno... Gracias de todos modos por acordarte de mí.

—¿Cómo acordarme? La verdad es que hasta he soñado contigo.

—No bromees —repuso ella.

—No es broma. A lo mejor vengo a despedirte. ¿Dices a las dos?

—Sí.

—No te aseguro nada, desde luego. Todo depende de cómo vaya mi trabajo —repuso él.

Colgó.

Y fue al «trabajo».

Había elegido la estación de helicópteros de la Panana.

La peluca, el bigote y el traje príncipe de gales no le ocupó más de veinte minutos en tenerlo todo dispuesto y sobre su persona.

En otros veinte minutos llegó a su lugar de «acción».

Ignoraba que era el sitio más vigilado de todo Nueva York.

El sargento informó al teniente Herbert Siodmak.

—¡Eh, mire! —E indicó con un ademán a Clif.

No es que fuera el único que vistiera un traje de gales ni un sombrero caro, pero su descripción era una de las que coincidían con la dada por los denunciantes.

Clif se mezcló entre la gente y se acercó a uno de los bares del último piso antes de alcanzar la azotea de donde partían los helicópteros.

Allí tuvo el primer «tropiezo».

Un hombre con cara de «dinero» se encontró de súbito contra el cuerpo del *gentleman*.

—Excúseme, señor —y lo dijo con marcado acento inglés.

El hombre de negocios ni siquiera le respondió. Tenía prisa. Iba a lo suyo.

El sargento no quitaba ojo al *gentleman*.

El teniente Siodmak se aproximó al hombre de negocios.

—Señor... Una pregunta solo.

—Tengo prisa —repuso el otro de mal talante.

Siodmak le mostró su credencial.

—¿Qué diablos quiere la policía?

¡La policía!

Clif no era sordo. Había oído la exclamación del hombre de negocios y prestó atención con disimulo.

El teniente preguntaba el «perjudicado»:

—¿Quiere mirar si le falta algo?

—¿Eeeh?

—Oiga. Le estoy haciendo un favor. Compruebe por favor.

—Voy a perder el avión por su culpa.

—Se ha tropezado usted con alguien hace un momento. ¿No es cierto?

—Sí, creo que sí...

Instintivamente el hombre de negocios buscó en el bolsillo interior de su chaqueta.

El sargento procuraba no perder de vista a Clif, que a su vez intentaba esfumarse sin llamar demasiado la atención.

El hombre de negocios comprobó que el lugar de la cartera estaba vacío.

—¡Ha volado! —exclamó—. ¡Mi cartera!

—Gracias. Es lo que imaginaba.

—¡Eh! —gritó el hombre.

Pero el teniente echó a correr gritando:

—¡Es él!

—Ahí está —indicó el sargento.

—¿Dónde?

Pero el sargento pudo comprobar que en menos de un segundo, Clif había ya desaparecido.

—Estaba ahí hace un momento, señor.

—No puede andar muy lejos. Avise a los demás.

—¡Sí, señor!

—¡Que vigilen todas las salidas!

El sargento asintió mientras iba a pedir ayuda a los demás.

Y entretanto...

Entretanto, Clif, prescindiendo de los ascensores, escogía una de las escaleras interiores para comenzar rápido el largo descenso desde el piso cuarenta y dos hasta la calle.

Bueno..., hasta donde llegara.

En lo alto, los policías iban de un lado a otro tratando de atrapar al carterista.

El teniente era el que le seguía de cerca.

—No. El ascensor, no —se dijo a sí mismo.

Miró en torno suyo y observó la puerta de las escaleras interiores y de modo instintivo se lanzó hacia allí.

Clif le llevaba únicamente dos pisos de ventaja. Al oír que la puerta metálica se cerraba aceleró la marcha.

El teniente continuó tras él.

Clif salió tres pisos más abajo y corrió hacia uno de los múltiples ascensores.

Había gente esperando para subir. A empujones se abrió paso y consiguió entrar antes de que se cerraran las puertas automáticas.

Dos policías habían descendido por otra escalera y se reunieron con el teniente.

—¡Por ahí! —indicó alguien—. Había un hombre que llevaba mucha prisa.

—Llaman a los de la planta baja —ordenó Siodmak a su gente—. Y avisen a los coches patrulla, que rodeen la manzana. No podrá escapar.

Pero Clif había descendido del elevador en el piso catorce y

cruzó por un corredor con puertas a ambos lados pertenecientes a otras tantas oficinas y despachos privados.

Buscó nuevamente una de las escaleras interiores y se lanzó hacia abajo.

En cinco minutos llegó a la planta baja, pero apenas asomar observó que todas las puertas del vestíbulo estaban vigiladas.

Volvió a meterse en el apartado de la escalera y descendiendo algo más alcanzó unos lavabos para el personal de servicio.

Entró en uno de ellos y se quitó el disfraz. Lo único que no podía cambiarse era el traje; no obstante, sin los postizos tenía otro aspecto y no le cabía otra solución que probar fortuna.

Volvió a aparecer en el rellano y se mezcló entre la gente.

—Es rubio, lleva bigote, sombrero tipo hongo y mide más de un metro ochenta —decía uno de los policías—. El traje es príncipe de gales.

—¡Allí hay uno!

Sí. Era él, pero en aquellos momentos ni era rubio, ni llevaba bigote y el sombrero lo ocultaba en la mano.

Clif procuraba andar sin prisas, y así llegó hasta la puerta.

Observó varios pares de ojos fijos en su persona. Eran policías que escrutaban a todo el mundo fijándose en los que pudieran parecerse al carterista.

El teniente llegó en aquel momento.

—No le hemos visto, señor.

—Hacia la puerta hay alguien con un traje príncipe de gales, pero no es rubio ni lleva bigote.

—¡Sígale, puede ser un disfraz! —repuso el jefe—. Los demás sigan atentos.

Pero Clif estaba ya en la calle.

—¡El hombre del traje príncipe de gales! —indicó uno de los agentes.

—Ha salido y ha tomado un taxi —informó otro—. ¡Por ahí va!

Y en efecto, Clif estaba ya en el interior de un taxi y pedía al taxista:

—Dese prisa, amigo. Le daré una buena propina. Tengo que ir al Plaza a recoger mi equipaje.

Atento por si alguien le seguía observó entonces el automóvil «Ford» color crema que le seguía.

—¿Qué diablos...? —empezó.

—¿Decía algo? —inquirió el chófer, acelerando.

—Tuerza a la derecha.

—Pero me ha dicho...

—Tuerza a la derecha —ordenó.

—Bueno. Usted paga —gruñó el taxista.

Los del coche «Ford» le seguían pero sin ánimo de atraparle. El que iba al lado del chófer, con una cámara japonesa, echaba algunas instantáneas.

—Irás al hotel, después de un rodeo —murmuró.

—Si lo sabes, para qué diablos le seguimos —gruñó el chófer.

—Ya te lo dije, Pat, porque nos pagan para esto. Nada más.

—Pero ese tipo no es el mismo que seguíamos —adujo el conductor.

—Se ha quitado simplemente una peluca y un bigote. No eres muy buen fisionomista, Pat.

El chófer se encogió de hombros, y el otro le dijo:

—Vamos directamente al Plaza.

Y ya no le siguieron.

El carterista suspiró tranquilo al pensar que tras unos cuantos giros había logrado despistar a sus perseguidores.

Al llegar al hotel, dio cinco dólares de propina al conductor del taxi y subió rápidamente.

Cuando estuvo en su habitación observó la calle. Todo le pareció normal y lanzó un suspiro.

—Por poco... Por poco —murmuró para sí.

Iba a dejar de observar, cuando al fijarse en la esquina vio asomar al «Ford» color crema.

—¡Diablos! Juraría que es el mismo... —dijo.

Consultó el reloj. Eran las nueve y diez minutos.

Recordó a Cintya y sin pensarlo dos veces comenzó a sacar las cosas para hacer el equipaje.

Cuando tuvo sus trajes, sus camisas y todas sus pertenencias entre la cama y la mesa llamó por teléfono a recepción.

—Prepárenme la cuenta. Tengo que salir antes de diez minutos.

—Y colgó.

CAPÍTULO IV

Con una buena propina consiguió salir por el callejón lateral. Allí se hizo aparcar el taxi y cuando hubo subido en él ordenó que le llevara a las señas de Cintya.

Llegó en media hora.

La cuestión entonces era entrar en la casa. Observó que en el portal estaba la casera y miraba de una forma que parecía estar al acecho de algo.

—No puedo permanecer aquí mucho tiempo —dijo el chófer.

—Yo pagaré la multa. No se preocupe. ¿Le basta con esto? —Y le ofreció unos cuantos billetes que a juicio del conductor debieron ser suficientes, y murmuró:

—Veremos lo que se puede hacer.

Y Clif tuvo que perder más de cinco minutos hasta lanzar un suspiro de alivio al ver que la casera se metía dentro del portal.

Salió del taxi y murmuró:

—Espere aquí. Voy a buscar a una señorita.

El chófer asintió y Clif se lanzó hacia la escalera. Había decidido que los aires de Nueva York comenzaban a ser un poco molestos e insanos y Cintya le brindaba la ocasión de largarse a Chicago y además... en su compañía, porque estaba seguro que ella aceptaría encantada.

Se metió en el portal, pero apenas entrar vio moverse la puerta de la casa que habitaba la casera.

Salió de estampida sin ser visto y se metió en el semisótano de al lado, que correspondía a un bar.

Desde el mostrador pudo ver la calle a ras de suelo.

—¿Qué le sirvo? —preguntó un pegajoso *barman*.

—Cualquier cosa, no importa.

—¿No sabe lo que va a beber?

Clif miraba únicamente la calle.

—Sírrame algo.

—¿Pero qué?

—Un *whisky*.

—¿A estas horas?

—Pues deme cerveza.

—¿Una botella o lo quiere a presión?

—¿Qué más da? —Siempre contestaba observando la calle.

—Tengo una cola especial. Es un buen refresco —dijo el *barman*.

Clif no contestó.

—¿Qué dice usted? ¿No me ha oído? —insistió el del bar.

Las pantorrillas de la patrona pasaron por la calle. Las reconoció.

¡Iban al bar!

—¡Oiga...! ¿Tiene lavabo? —inquirió Clif.

—Sí. Pero usted ha entrado a beber o...

—¿Dónde está el lavabo?

La mujer estaba entrando.

—Al fondo, pero...

Clif no esperó respuesta y se metió donde le indicaba el *barman*. No quería un altercado con aquella mujer de malas pulgas que estaba seguro que le reconocería.

No entró en el lavabo. Se ocultó tras la cortina a tiempo para ver a la casera entrar y pedir al *barman*:

—Lo de siempre, Joe, y bien cargado.

Y el *barman* le sirvió algo que daba la sensación de estar lleno de alcohol del fuerte.

—Pues vaya una moralidad —pensó Clif en un susurro.

Y tuvo que aguardar que la mujer lo tomara de un sorbo para pedir:

—Otro, otro, Joe. Hoy el desayuno no me ha sentado muy bien.

Y Clif empezó a buscar un sitio por donde salir.

Avanzó por el corredor y vio una puerta. La empujó y se halló en un patio vallado.

Poco después saltaba una de las vallas y alcanzaba el callejón contiguo al edificio donde vivía Cintya.

Así pudo entrar sin ser visto.

Ella expresó su sorpresa:

—¡Clif!

—Lo he pensado bien, querida. Y... hace tiempo que tenía que hacer algo en Chicago, pero lo iba demorando.

—¿Quieres decir que piensas venir conmigo? —inquirió ella.

—Si no te importa.

—¡Claro que no me importa!

—Tengo un taxi abajo.

—¡Estupendo! Dame cinco minutos para que me arregle. Pero... Es muy pronto.

—No importa. Así tendremos tiempo de tomar un bocadillo en el aeropuerto.

—Lo que tú digas.

—Date prisa. Tu patrona está empinando el codo en el bar de al lado.

—¡Qué más da! Ya no volveré por aquí. Seguro.

En la calle, cerca del taxi que aguardaba a Clif apareció el «Ford» color crema.

El ocupante que daba las órdenes al chófer murmuró:

—Bueno. Más o menos es lo que imaginaba. Apuesto a que se larga.

—¿Y nosotros? —inquirió el conductor del vehículo.

—Sí, Pat, sí... Por ahora también nos largaremos. Hay que pedir instrucciones, pero antes, aguarda. Todavía pueden surgir novedades.

—Tú siempre lo sabes todo.

—El departamento trabaja rápido, amigo. Muy rápido —y sacó un bloc de notas y leyó:

«Cintya Todd, de Milwaukee. Camarera. Ayer fue su último día de trabajo. Tiene pasaje para Chicago» —cerró el bloc y añadió—: Nuestro amigo el carterista ha recogido su equipaje del Plaza, ha tomado un taxi y ha venido hasta aquí. ¿Qué deduces de ello?

—Que va a vivir con la chica.

—Pero ella se va a Chicago.

—Pues se largan los dos a Chicago —gruñó el chofer.

—Esto ya parece aproximarse más a la verdad, Pat...

Pero no hay que hacer juicios prematuros. Por eso es mejor esperar.

Diez minutos más tarde la pareja salía del edificio justo cuando

la casera asomaba por la escalera del bar.

—¡Otra vez! ¡No puede una dar la vuelta que no se cuele un moscón en una casa decente! —Gruñó.

—Me voy —atajó Cintya—. Anoche le pagué ya el importe. Supongo que estará bien.

—Hummm... Sí, muy bien —gruñó ella.

Clif indicó a Cintya cuál era el taxi y tras subir, él dio la nueva dirección.

—Al aeropuerto Kennedy.

Poco después la gran ciudad quedaba atrás y el taxi marchaba a la velocidad que imponía el tremendo tráfico rodado de la autopista.

El coche «Ford» ya no seguía a la pareja.

Lo de los billetes quedó arreglado enseguida y Cintya después de la comida fue a arreglarse al lavabo.

Clif quedó en la barra del bar escuchando las cuitas y demás problemas de un hombre que ya llevaba algunas copas de más.

—¿Y qué cree que ocurrió entonces, amigo? —murmuró.

Clif pensaba para sus adentros que se hallaba ante uno de esos tipos pesadísimos a los que parece gustar tener problemas para contárselos a los demás. ¡Como si a él le importasen los asuntos ajenos!

—Pues, me birló a la mujer. ¡Sí, señor! —contestó el borracho—. Mi mejor amigo y me birló a la mujer... ¿Y sabe lo que yo hice?

—¡Oh, sí! Le mató usted y ahora le persigue la policía —bromeó Clif para decir algo.

—Nada de eso, amigo. Nada de eso, hip —hipó.

Clif sólo tenía ojos para esperar a la muchacha, que no acababa de aparecer.

—Pues yo dije... —Siguió el borracho—, dije, hip...

—Si hablaba así, dudo que pudiera decir algo, amigo —siguió ironizando Clif.

—Esto es muy serio, amigo. Le digo que yo quería casarme con ella.

—¡Oh! Creí que ya eran marido y mujer.

—¿Es que no quiere que se lo cuente?

—Sí, sí, claro...

Pero el tipo tras un nuevo vaso de alcohol ya apenas se tenía en

pie y se echó hacia adelante. Clif tuvo que sujetarlo para evitar que el hombre se cayera al suelo.

—Bueno, bueno, amigo. Hay cientos de mujeres. Encontrará otra que le convenga más... Usted, es joven todavía —y sonrió al observar el rostro algo marchito ya de su interlocutor.

—¡Ya veo que me toma el pelo! No me gusta hablar con quien no sabe escuchar —gruñó el hombre, ofendido, y dando un traspiés agregó—: ¡Me largo! ¡Me largo de aquí...! Alguien me escuchará.

Clif lanzó un suspiro al verle desaparecer. Echó una última ojeada a la puerta de las *toilettes* y echó mano al bolsillo interior de la chaqueta para pagar.

—¿Cuánto debo?

—Son tres dólares, señor.

—¿Le importa cambiar? Necesito suelto y...

Se interrumpió lívido. Acababa de darse cuenta de que su cartera había desaparecido.

«¡El tropezón con el borracho!», pensó.

Sí. Cuando el tipo fingió caerse le había robado la cartera por un procedimiento semejante al que él utilizaba.

—¡Maldita sea! —Gruñó.

Echó una ojeada por aquel trozo de vestíbulo y creyó ver al tipo cerca de una de las puertas de salida. ¡Y le miraba a él!

—¡Está pendiente de si me he dado cuenta o no! —pensó y enseguida para sus adentros añadió—: «No te muevas de ahí, amiguito, que te voy a enseñar a robar carteras».

Y se lanzó en pos del falso borracho.

El tipo de tez arrugada, más ágil de lo que cabe esperar en un hombre ebrio, pasó a pleno pulmón demostrando una agilidad impropia de quién parecía haber rebasado la cincuentena.

—¡Espera que te coja, bribón! —exclamó Clif sin dejar de perseguirle.

El falso borracho alcanzó otra zona del vestíbulo. Perdió un par de segundos en orientarse para buscar la salida más idónea y al fin decidió echar por su derecha para continuar la huida.

Clif no le perdió de vista un solo instante y más ágil que su perseguido consiguió acortar distancias.

El cincuentón que le había birlado la cartera alcanzó el exterior y se metió por entre una zona ajardinada.

Al final, a unos cuarenta metros existían unos pequeños edificios correspondientes a dependencias privadas de las compañías aéreas.

Clif tras él a unos veinte metros de distancia, ya amenazaba con alcanzarle en breve.

El tipo sacó fuerzas de flaqueza y alcanzó la pared de uno de los edificios y siguió la carrera.

Las construcciones, unos metros más allá, formaban una plazoleta sin salida.

El hombre trató de buscarla de nuevo entre la zona ajardinada, pero ya era demasiado tarde.

Clif le había dado alcance y le sujetó con fuerza.

Los dos rodaron por el suelo.

El falso borracho trató de escabullirse, pero al incorporarse de nuevo se encontró con la zancadilla de Clif, que le hizo dar un traspies y rodar nuevamente por el suelo.

—¡Quieto, ahí!

Su contrincante trató de forcejear.

Clif, cansado ya de tanta resistencia, le sacudió un directo en el mentón con la contundencia suficiente para derribar a su antagonista.

El otro cayó contra la pared y su espalda se deslizó hasta quedar sentado en el suelo.

Con manos hábiles, Clif le quitó la cartera. Su propia cartera, que el otro le había robado.

—No traigo demasiado dinero aquí, ¿sabes? Pero llevo los billetes del avión y mis documentos...

—Hummm... No había necesidad de darme tan fuerte —gruñó el otro, intentando levantarse.

—¡Cuidado, novato! Si quieres seguir en ese oficio procura elegir bien la clientela.

Guardóse la cartera y al volverse se encontró con un individuo alto y fornido que le amenazaba con un revólver.

—Creí que entre la gente del oficio no había discusiones —dijo el hombre de la pistola.

—¿Eh?

Se volvió hacia el otro lado y se encontró con otro tipo, igualmente fuerte y corpulento, que también le encañonaba.

Miró hacia el otro lado y vio a un tercer individuo. Sin armas.

Tampoco supo que era el que en compañía del chófer llamado Pat le había estado siguiendo últimamente.

Estaba rodeado.

—Es mejor que no hagas tonterías, amigo. Tu trabajo ha terminado, ya.

—Policías, ¿eh? —sonrió Clif observando que ya no tenía escape.

—Vamos... Vendrás con nosotros —dijo el primero que había salido, quien dirigiéndose a otro de los armados murmuró—: Y tú ocúpate de éste.

Y así, Clif Coole se vio conducido hacia un coche que estaba fuera del aparcamiento, junto a la zona de los jardines.

Observó el auto y murmuró:

—No es un coche oficial.

Pero nadie le hizo ningún caso.

Y en el auto, Pat, el chófer, esperaba junto al volante con el motor en marcha.

Con Clif subieron los dos tipos más fuertes.

—¿Le has cacheado? —preguntó uno.

—No se molesten. No llevo armas —informó Clif.

Pero el otro no se fió y le palpó los bolsillos. Cuando se convenció de que Clif no llevaba ningún revólver le ordenó:

—¡Vamos! Dentro y no hagas tonterías.

El conductor puso el automóvil en marcha, que partió rápidamente.

—Oigan... Al menos podrían dejarme despedir de cierta persona que...

—¡Silencio! —le ordenó uno de sus aprehensores.

Cada vez que intentó decir algo se encontró con el hermético mutismo de sus acompañantes.

El auto avanzó con velocidad por la autopista y antes de llegar a la zona más transitada tomó un desvío.

Clif hasta entonces no se había preocupado del camino puesto que era el normal a seguir, pero al ver que el coche tomaba la desviación espetó:

—¡Eh! ¿Dónde vamos?

Tampoco obtuvo respuesta.

—¡Ustedes no son policías! ¡Qué estúpido! ¡Ni siquiera les he

pedido que me muestren las credenciales!

Como única respuesta se encontró con las miradas duras y cerradas de aquel par de mastodónticos sujetos.

—¡Tengo mis derechos! ¡Soy un contribuyente! —protestó un tanto irónico Clif, a sabiendas de que sus palabras no serían oídas.

—¿Por qué no te callas? —le pidió el de su derecha.

—Enséñeme la credencial.

Lo que le mostró el individuo fue el revólver.

—Bueno. Es una buena credencial —admitió resignado Clif.

El coche volvió a tomar otro desvío y fue entonces cuando el otro tipo dijo:

—¡Aquí está bien, Pat! Puedes parar.

Y el conductor detuvo el coche.

Se hallaban en un descampado donde ni siquiera se veían los edificios de Manhattan.

El tipo que le había mostrado el revólver la última vez, volvió a sacarlo del bolsillo.

—¿Eh? ¿Qué significa esto?

El del otro lado había sacado ya un trapo negro del bolsillo, una especie de venda, y le ordenó:

—¡Vuélvete!

—¡Pero...!

—¡Vuélvete!

Era inútil resistirse, pero Clif era terco. Lo intentó. Trató de desviar el arma del que le amenazaba.

—¡Quieto! —Gruñó el tipo.

Pero Clif tomó una ligera ventaja, mientras con la mano libre intentaba abrir la portezuela.

El otro reaccionó y le aporreó con el revólver la cabeza.

Clif acusó el rudo golpe y cayó hacia adelante.

Perdió momentáneamente el conocimiento y cuando se recuperó se encontró ciego.

Enseguida comprendió que le habían vendado los ojos.

—Y ahora... ¿Qué significa todo esto?

Nadie le contestó, como si en el coche no hubiese más persona que él, pero Clif notaba la presencia de sus secuestradores al lado. Porque eran secuestradores. Estaba seguro de que no se trataba de policías.

CAPÍTULO V

Mentalmente calculó la distancia recorrida. E incluso los lugares que no podía ver.

Tenía noción de haber pasado por una carretera sin asfaltar porque el coche saltaba bastante.

Luego viraron a la derecha. Algo parecido a una curva de ciento ochenta grados, para volver a la izquierda en línea recta, pero ya por una carretera asfaltada.

El tiempo lo cifró en unos veinte minutos desde que tomaron la nueva carretera y en cinco más, durante el tramo que recorrieron la zona de los baches.

Dieron algunas vueltas, por lo que en principio no podía saber si el chófer dio un rodeo para desorientarle.

Lo cierto era que el auto había parado en un lugar que parecía solitario. No se oía ruido, pero se respiraban aires puros, ajenos por completo al ambiente viciado de la ciudad. Debía ser un sitio libre de polución atmosférica.

Le cogieron para hacerle andar hacia adelante.

—Cuidado. Hay un escalón —le advirtieron.

Cruzó un andamio de madera que crujió bajo sus pies. Luego la misma voz le advirtió de nuevo:

—Otro escalón.

Escuchó el gruñir de una puerta y después de un momento la oyó cómo se cerraba.

Tuvo la sensación de hallarse en un interior. En el interior de una casa radicada en el campo seguramente.

Le acompañaron obligándole a girar hacia la izquierda, luego empezaba una escalera que él mismo pudo ver porque una voz por encima de su cabeza ordenó a los que le conducían:

—Ya podéis quitarle la venda.

Y así que tuvo libre la visión, pudo ver al hombre que había

dado la orden, en lo alto de la escalera en cuyo arranque se encontraba Clif.

Miró alrededor y comprobó que, en efecto, se hallaba en una vieja mansión señorial. Una casa del más puro estilo americano. Con su amplio *hall*, sus enormes puertas que comunicaban con las dependencias de la planta baja y luego la escalinata, lujosa en otro tiempo.

Ahora todo necesitaba una buena reforma, porque durante años la casa había dejado de renovarse. Los muebles eran viejos, pero de alguna calidad. Incluso colgaban cuadros de las paredes.

—Suba —dijo el hombre de la parte superior, interrumpiendo el fisgoneo de Clif.

—Adelante —le indicaron los otros, dejándole ya totalmente libre.

—¡Quedaos abajo! —indicó el que estaba en la parte superior.

Clif se volvió dubitativo, pero no tenía más camino que seguir. Hacia arriba. Los otros le cortaban la retirada.

—Está bien. Sigamos el juego —dijo.

Ascendió los escalones y al llegar al rellano, observó que detrás del hombre que daba las órdenes había otro individuo, algo más bajo y ligeramente encorvado, pero joven aún. Su pelo a pesar de todo era blanco y muy blanca su tez. Era uno de los individuos a los que llaman albinos.

—Por aquí —le indicó el jefe.

La habitación a la que le introdujeron estaba frente mismo al rellano. Había una mesa corriente y caras sillas alrededor. Un armario vacío y un mueble rinconera con un teléfono. Nada más.

—Extraño puesto de policía —sonrió Clif.

—Pase y siéntese —ordenó el individuo.

El albino pasó también y se quedó junto a la puerta una vez la hubo cerrado.

—¿Dónde estamos? —preguntó Clif.

—Eso de momento no debe importarle... Nos interesa que este lugar sea lo menos conocido posible —le indicó el otro.

Clif tomó asiento y lo hizo también el que daba las órdenes. El albino siguió en la puerta a la espalda de Clif, que cambió de sitio.

—No me gusta tener a nadie a la espalda —dijo Clif.

El otro replicó:

—Aquí nadie va a hacerle ningún daño si se porta bien... como espero.

—¿Y qué debo hacer para portarme bien?

—Exactamente todo lo que yo le diga.

—Bueno, vayamos al grano. Ya está bien de teatro. ¿No le parece? —sonrió impaciente Clif.

El otro se echó ligeramente hacia atrás y cruzó una pierna encima de la otra al tiempo que hacía una sorprendente presentación de su persona.

—Mi nombre es Richard Waldon. Capitán Waldon.

—¿Qué?

—Capitán Waldon.

—¿Capitán de piratas? —bromeó Clif.

—¿Sabe algo de tres iniciales... CIA?

—¿Qué ha dicho?

—CIA.

—¡La CIA!

—Bueno... Aquí puede gritar lo que quiera. No van a oírle.

—Oiga... Usted bromea sin duda...

—Desde luego no voy a enseñarle mis documentos personales.

—Pero usted...

—Trabajo para la CIA. Y no nos hemos tomado todas esas molestias para gastarle una broma, señor Clif Coole.

—Y saben también mi nombre.

—Sabemos todo lo que nos conviene saber de usted, amigo.

Clif miró a su interlocutor. Era un hombre de unos treinta cinco años. Alto —tanto como él—, fuerte, de músculos bien cultivados, piel tostada. Parecía acostumbrado al buen y continuado ejercicio.

—Hemos venido siguiendo sus pasos desde que actuaba usted en el Rivers Theatre, en los suburbios... Hacía usted un número muy hábil.

—El de las carteras —atajó el carterista.

—Exacto. Me quitó la mía con tanta limpieza que aun sabiendo de antemano que iba a apoderarse de ella, ni siquiera me di cuenta.

—Lástima que el empresario no supiera valorar mis méritos como usted —repuso Clif.

Pero el capitán Waldon prosiguió:

—Después de entonces y tratando de localizarle nos

encontramos con una nueva versión de su trabajo... Pero esta vez más beneficioso, supongo. ¿Cuánto dinero ha conseguido en estos últimos tiempos?

—No mucho, la gente no lleva grandes sumas en los bolsillos.

—Con sólo hacer una llamada telefónica puedo saber inmediatamente la suma exacta. Por favor, evite problemas.

—Oiga... ¿No sabe tanto de mí...?

—¿Cuánto ha conseguido?

—Bueno... Pongamos en total... unos cinco mil dólares.

—Siete.

—Seis.

—Siete u ocho.

—Usted gana, capitán... Contando con la última... Bueno, con la última «adquisición» redondearía los siete mil quinientos dólares:

—Esto podría costarle una buena temporada a la sombra, ¿verdad?

—No me habrá traído hasta aquí con los ojos vendados para explicarme las leyes, ¿verdad?

—No, por supuesto.

—Bien. Sepamos pues qué quiere la CIA de este humilde contribuyente.

—Sin guasas, señor Coole... De usted depende que llame al teniente Siodmak, que está deseoso de echarle el guante, o que se considere su caso como... olvidado.

—Ejem —carraspeó el carterista.

Llamaron a la puerta y el capitán ordenó que pasara quien fuera. El tipo albino franqueó la entrada y aparecieron dos hombres. Uno de ellos el que se había cuidado de sacar las instantáneas. El otro era el tipo que le había robado en el aeropuerto.

—¡Vaya! Estamos en familia por lo que veo —bromeó otra vez Clif.

—¿Algo nuevo, capitán? —preguntó el recién llegado.

—Nada, Roberts. Puedes irte. A Mike no le necesito ya.

—Se ha portado bien, jefe.

—No esperaba menos —repuso Waldon.

Y el carterista del rostro arrugado, mirando a Clif, sonrió como disculpándose y se encogió de hombros.

—Bueno, deja eso y sigamos —añadió Waldon.

De una cartera, el llamado Roberts extrajo un paquete de fotografías que dejó sobre la mesa.

El capitán las tomó en sus manos y los recién llegados salieron de la habitación.

—¿Qué es esto? —inquirió Clif.

El capitán miró las fotos y entregó algunas al carterista.

—¿Le interesa estudiar su técnica? Las fotos están bastante bien detalladas.

Y Clif, que ya comenzaba a no asombrarse por nada, observóse a sí mismo en «pleno trabajo».

Sí. Las fotografías correspondían a otros tantos momentos de su «labor».

Tropezón en la Gran Central.

Sonrisa correcta.

«Nuevo tropezón».

—Éstas son las más recientes —advirtió el capitán Waldon, tendiéndole otra serie.

Clif observó que pertenecían a su huida del edificio de la Panam.

—¿Y se han tomado tanto trabajo... sólo por mí? —inquirió Clif.

—Como verá, todas estas fotos constituyen pruebas excelentes para condenarle. ¿Lo duda?

—No. No. Estoy de acuerdo.

—No querrá que las mande al teniente Siodmak, ¿verdad?

—La respuesta es obvia.

—Bien... En todo caso, esas fotos demuestran que es usted poco prudente con los que le observan.

—Bueno... Cuando se desea observar a alguien es fácil. La ventaja es siempre la sorpresa... Por eso tengo éxito.

—La sorpresa y la apariencia. Ha elegido usted un buen disfraz... Pero para el trabajo que necesitamos tendrá usted que actuar con la cara limpia. Sin pelucas. Así. Tal como está ahora. Sí, señor Coole. Voy a explicarle sin rodeos por qué le hemos traído aquí y lo que deseamos que usted haga para bien del país.

—¡Para el bien del país! Esto suena muy bien, pero la verdad... ¿Qué puedo hacer yo para el país?

—Si guarda silencio, lo sabrá enseguida.

Y el capitán Richard Waldon, tomando aire superior, carraspeó un par de veces para aclararse la voz y comenzó a hablar.

CAPÍTULO VI

Richard Waldon habló sin rodeos.

Sus palabras fueron medidas, sin andarse con florituras. Lo que él dijo podía entenderlo cualquiera.

—Su nombre es Spender Colman. Trabaja en la NASA. Es hombre de confianza que a menudo transporta documentos de gran valor. Ese hombre, Spender Colman, es sospechoso de colaborar con alguna sociedad o potencia, llámelo como quiera, que facilita información al enemigo.

—¿Enemigo? Creí que no había guerra... Exceptuando Vietnam, claro —sonrió Clif sin dejar su aire irónico.

—Cualquier nación puede convertirse en enemiga de los Estados Unidos en un momento dado —cortó el hombre de la CIA.

—Sí, sí, claro.

—Nos pagan para ser previsores.

—Ya he leído en alguna parte el presupuesto que consumen ustedes.

—¿Me deja seguir?

—Para eso estoy aquí, ¿no?

—La gente a la cual vende Colman sus informes —prosiguió Richard Waldon— negocia a su vez con potencias extranjeras, atentas siempre a los nuevos descubrimientos de nuestros científicos.

Y tras una pausa prosiguió:

—No hay pruebas concretas contra Colman, porque sabe ingeniárselas para que no se le pueda atrapar, pero sabemos/ que él es nuestro hombre. Lo sabemos a ciencia cierta.

—¿Y no pueden detenerle?

—No es su detención precisamente lo que nos proponemos.

—¿Qué entonces?

—Descubierto Colman, no nos importa que siga vendiendo sus

informes.

—¿No?

—Ponga atención.

—Sí, capitán.

Clif empezaba a mostrarse interesado.

Waldon continuó:

—Ciñámonos al asunto. Colman llegará en avión procedente de Cabo Kennedy dentro de dos días. Llevará consigo una película donde se hallan los planos completos de... algo. No importa qué. Son documentos muy importantes para el país y sumamente secretos. Científicos reputados han estado trabajando durante mucho tiempo para conseguir lo que Colman llevará consigo sintetizado en unos planos, impresos en la película... Colman seguirá viaje a Washington. Desde Cabo Kennedy hasta la capital, su única escala será Nueva York. Antes de llegar aquí, irá perfectamente escoltado y como de costumbre, no tropezará con nadie, ni siquiera por casualidad. En otras palabras; nadie se acercará a Colman.

—Entiendo.

—De esto estamos seguros porque conocemos perfectamente el procedimiento.

—Siga.

—Bien... Colman, por procedimientos que ignoramos, es aquí en Nueva York, donde camufla los documentos que le son confiados. Posiblemente el cambio se efectúa en el aeropuerto, aunque nunca hemos podido averiguarlo a pesar de la estrecha vigilancia a que es sometido tanto por precaución, como por su propia protección.

—Un tipo listo ese Colman.

—Muy listo —ratificó el de la CIA—. Tendrá que esmerarse con él.

—¿Y qué es lo que se supone que yo debo hacer? —preguntó Clif Coole.

—Robar esa película.

—¿Eh?

—Nuestra idea es que usted robe la película con los documentos auténticos. Tiene que hacerlo muy hábilmente para que no se dé cuenta.

—Pero...

—No he terminado, Coole. Atienda.

Clif se arrellanó en su asiento.

El capitán continuó.

—Colman no debe advertir en absoluto que le ha sido sustraída la cartera, porque lo que pretendemos es cambiar esos planos por otros falsos... ¿Comprende ahora?

—Lo intento. Veamos... Su objetivo es que ese Colman no advierta que su cartera ha desaparecido para endosarle unos planos diferentes a fin de que él pueda negociarlos creyendo que son auténticos.

—Exacto.

—Un modo de engañar a esas potencias extranjeras interesadas en nuestros inventos.

—Veo que lo comprende.

—Sí, pero... ¿Cómo harán que su cartera vuelva a su bolsillo sin que él lo advierta?

—Esto es cuenta nuestra. Usted una vez concluya su trabajo tendrá que ponerse en contacto con Ludwick.

—¿Ludwick?

—Teniente Ludwick. Está detrás suyo.

Y Clif al volverse vio a la única persona que no había abandonado la estancia desde que empezó la conversación. El tipo albino.

—Ya.

—Puede ocurrir que a pesar de su esmero, Colman se dé cuenta... Quizá suceda algo que ponga en peligro el plan. Hay que contar con todo. Las cosas sólo salen bien cuando el asunto ocurre en el cine, pero en la realidad deben tenerse en cuenta los posibles fallos humanos.

—Muy previsores.

—Lo somos. Así que... terminado su trabajo, su misión consistirá en desaparecer lo más rápidamente posible del aeropuerto.

—¿Y dónde me reúno con Ludwick?

El capitán extrajo una postal del bolsillo y señaló el lugar:

—¡Aquí!

Era la estatua de la Libertad.

—¡Oh!

—Docenas de turistas llenan diariamente los *ferrys*. Usted será

un turista más. Ahí es donde puede utilizar: el disfraz que más le acomode.

Clif sonrió.

—Le he contado todo. El plan, y los motivos. Por supuesto, todo ello es del más alto secreto.

—Ya lo había comprendido.

—¡Ah! Otra cosa importante. Colman debe ignorar por completo nuestras sospechas.

—Por supuesto.

—Por ningún concepto debe sospechar ni remotamente que la CIA está sobre sus pasos.

—Ya.

—Así que en este asunto usted actúa... por su cuenta. ¿Lo ha comprendido?

—Creo que sí.

—Cualquier fracaso es de su absoluta incumbencia.

—Sí, sí, pero...

—Entre usted y nosotros no existe el menor contacto. A partir del momento en que abandone esta casa, no le conocemos a usted. En absoluto. Si por circunstancias tuviéramos que encontrarnos ante otras personas, ni yo, ni ninguno de los hombres a los que usted a visto, confesaríamos conocerle. Este punto debe quedar muy claro.

—Esto lo veo en las películas y me cuesta creerlo.

—No es una broma, Clif... Nuestra organización y la defensa de nuestro país valen mucho más que el posible sacrificio de cualquier persona. No echaremos por tierra un plan para salvarle a usted.

—Bien, bien... El riesgo ya lo he comprendido, pero... la recompensa...

—¿Recompensa? Bien. Llegado el momento ya hablaremos de ello.

—¿En qué momento?

—Coole, si a usted le echa mano la policía le meterán unos cuantos años de cárcel.

—Sí, pero...

—La mejor recompensa, Coole —prosiguió el capitán—, es... hacer que se olviden sus delitos... y darle una oportunidad de hacer borrón y cuenta nueva de su vida.

Si usted hace ese servicio por la patria, la patria le perdonará sus

errores. Éste es el pago.

—Hummm... Muy generosos.

—Créame, Coole. Tarde o temprano el teniente Siodmak le hubiese echado el guante. No piense que siempre podían resultarle las cosas bien.

—Después de esas fotos... —murmuró el joven, señalando los retratos.

—Exactamente.

—Bueno, supongo que si me negara...

—Es libre de elegir, claro está.

—Y si dijera no...

—Siodmak tendría esas fotos en su poder y un informe detallado de usted en menos de un par de horas.

—¿No dicen que el chantaje está penado por la ley? —sonrió Clif.

—Usted decide.

—Capitán... No tengo opción y usted lo sabe... ¿Sabe una cosa? Pues que me alegro de birlar una cartera por... «por el bien de mi país».

Waldon sonrió.

—Entonces, de acuerdo. Pasado mañana a las diez y treinta y cinco en el aeropuerto Kennedy... Aquí tiene a su hombre. Creo que esas cuatro poses tuyas le bastarán para identificarlo. Caso contrario le pasaremos una película.

Le entregó cuatro fotografías que sacó de un cajón de la mesa que hasta entonces Clif había ignorado.

El joven las observó.

Eran cuatro poses próximas, muy nítidas.

El personaje estaba entre los cincuenta y sesenta años. Era bajo, entrado en carnes, pero sin llegar a obeso... Llevaba gafas con montura de concha y sus ojos eran bastante pequeños. Las gafas tenían cristales bastante gruesos.

Sin sombrero, el tal Colman mostraba un pelo bastante escaso rayano en la calvicie.

Su aspecto en general resultaba inconfundible.

—La película no es necesaria. Es un tipo fácil de recordar —dijo, Clif devolviendo las fotografías.

—Sí. Es inconfundible, desde luego —admitió el capitán. Y

guardó nuevamente las fotos en el cajón.

—Bien... Pero en todo esto hay algo que... Permítame...

—Diga. Cualquier sugerencia si es razonable será atendida —repuso el de la CIA.

—Si quieren... Si quieren —carraspeó Clif, midiendo bien sus palabras y dejando aparte sus habituales ironías— dar el cambiazó a esos planos... ¿Por qué no lo hacen de salida? Quiero decir que podrían darle a Colman los planos falsos y evitar todo esto.

—Me alegro que me haya hecho esa pregunta, Coole. Demuestra que sabe usted pensar.

Clif uso atención a las siguientes aclaratorias palabras del capitán Richard Waldon.

—Dar a Colman unos planos falsos supondría tener que revelar nuestras sospechas a algunas de las personas de la NASA. Cuanto menos a quien entrega esos planos a Colman.

—Desde luego.

—Bien... Ahí radica la importancia del secreto. Nadie, absolutamente nadie, debe saber que sospechamos de Colman. Entre otras razones porque ignoramos, si dentro de su oficina, o en cualquier otro lugar, Colman puede tener uno o varios colaboradores. Si sustituyésemos esos planos en origen podríamos poner sobre aviso a ése o a esos posibles colaboradores. ¿Comprende?

—Sí. Del todo. Absoluto secreto.

—Absoluto.

—Bueno... De carterista a agente de la CIA —sonrió—. No está mal.

—Pero cuidado. Le repito que no nos conocemos.

—Y... terminado mi trabajo...

—Haga lo que quiera. Seguiremos sin conocerle.

—Pero...

—Si le necesitamos en alguna otra ocasión, le buscaremos.

—Y en la CIA... ¿No tienen gente entrenada para robar carteras?

—En la CIA, Coole, tenemos de todo, pero a veces necesitamos especialistas..., especialistas de verdad y usted lo es en su oficio. ¡Suerte!

Y aquí terminó la entrevista.

CAPÍTULO VII

Le permitieron bajar con los ojos sin vendas, pero antes de salir al exterior, los subordinados del capitán volvieron a ponerle aquella venda negra.

—¿Es necesario? —preguntó él.

—Es pura precaución. Usted debe ignorar este lugar —le dijo Waldon.

Y con Waldon estaban los dos que le habían llevado, más el chófer, el encargado de hacer las fotografías y el carterista del rostro arrugado.

Ya sin poder ver ni dónde ponía los pies le hicieron salir de la casa y le condujeron hasta el automóvil.

Al pasar sobre el piso de madera después de la puerta observó:

—En ese porche falta una buena reparación en el suelo.

Y uno de los que le sujetaban picó el anzuelo y murmuró:

—Sí. Pero eso no importa.

Por lo cual Clif supo que antes de la entrada había un porche.

El automóvil se puso en marcha y Clif dedicó toda su atención en calcular la distancia y seguir con la mente la ruta.

Cinco minutos por una carretera con ligeras curvas y escasamente asfaltada... Otro cuarto de hora por una ruta principal, pero sin demasiada circulación, cinco por la autopista... o al menos así lo dedujo por el sonido de los abundantes coches que creyó oír, y después el túnel.

La entrada del túnel era casi inconfundible por el cambio de acústica.

«Estamos cruzando el Hudson», pensó.

Y no se equivocó porque antes de terminar el túnel le quitaron la venda.

Los que iban con él eran los mismos que le habían «detenido» en el aeropuerto Kennedy.

—Ya no es necesario —le dijeron.

Consultó el reloj.

—Alguien me echará de menos —dijo.

—No se preocupe. Antes de que den con usted, habrá cumplido ya su trabajo.

El asintió como quien quiere decir: ¡«Y qué remedio»!

Y pensaba en Cintya cuando el automóvil se detuvo y le dijeron que ya podía aparecerse.

—Buena suerte —fue la última palabra que escuchó de los hombres de la CIA.

Se encontró solo.

Tenía que buscar un hotel.

¡Un hotel!

¿Y el equipaje?

Lo había facturado ya a Chicago. Todo lo que poseía estaba en aquel par de maletas. Incluyendo sus disfraces. Todo.

Apenas había empezado a andar cuando vio aparecer nuevamente el coche con el que lo habían llevado hasta la ciudad.

Nadie le dijo nada. Solamente uno de los ocupantes sacó la mano por la ventanilla y le entregó una cartulina.

El coche desapareció de nuevo.

—¡Eh, pero...!

Nadie contestó.

Leyó la cartulina.

Era un talón de consigna no automática. Correspondía a un muelle.

Buscó en sus bolsillos. Tenía todo el dinero. Tomó pues un taxi y se hizo conducir hasta el muelle indicado en la cartulina.

El cabo de media hora se hallaba en una estación de trasatlánticos. Presentó la cartulina y le entregaron sus dos maletas.

«¡La CIA piensa en todo!», se dijo para sus adentros, con una sonrisa en los labios.

Otro taxi le condujo al hotel.

Elegió uno de los de lujo. ¿Para qué escatimar?

Tendría que esperar un par de días.

Ya en su nuevo alojamiento, tumbado sobre la mullida cama, con los brazos cruzados tras la nuca pensó en aquella momentánea nueva vida.

Se sentía más seguro.

«Claro que no puedo esperar ninguna protección de ellos, pero...»

Sí. El hecho de colaborar con una de las primeras organizaciones mundiales de espionaje-contras espionaje y todo eso le satisfacía. Le hacía sentirse casi importante.

—Siete mil quinientos dólares libres de impuestos... y que no tendré que devolver. Tampoco iré a la cárcel... Bueno... tal vez pueda empezar una nueva vida. Me gustaría poderme reunir con Cintya y explicarle esto. Claro que... solamente lo más justo. Luego, si ella quiere... ¿Por qué no? Cintya es una hermosa chica... y creo que nos entenderíamos perfectamente. Sí... Pasado mañana tomaré ese avión. Claro que primero me gustaría tener algún documento que acreditara mi... inmunidad, mi libertad total, pero si el capitán lo ha dicho... ¡Je! Tendré que afilar mis manos.

Y sacó de su bolsillo un níquel que hizo pasar por las juntas de los dedos rápidamente sin que la moneda se le escapara.

Repitió la operación varias veces y luego la dejó, satisfecho de su buen entrenamiento.

* * *

La muchacha iba sentada en el Metro con las piernas cruzadas. Las separó con un gesto de fastidio y con un ademán fingió echarse la exigua falda hacia abajo.

La tela no cedió porque la falda era demasiado corta, pero ella tampoco lo hizo para cubrir sus extremidades sino para que el tipo que la observaba con machacona insistencia se diese por aludido y dejara de mirarla como si pretendiese devorarla.

Clif sonrió.

El también miraba a la muchacha, pero no eran precisamente sus piernas las que motivaban su atención, sino la muchacha en sí.

Y el tipo que tenía delante seguía clavando sus pupilas en los muslos de la joven, que ya no sabía cómo colocarse.

Clif solucionó la situación empujando al hombre de tal forma que le obligó a desprenderse de la anilla de lona que colgaba de, la barra en la que se sujetaba.

—Disculpe —dijo como si acabara de robarle la cartera, y ocupó su puesto delante de la muchacha.

—¡Eh! —protestó el otro, pero calló al ver que la chica

levantaba los ojos y sonreía ante la presencia de Clif.

—¡Oh, Mago!

—¿Qué tal, Dolly? —saludó él.

Era una vieja conocida de la compañía del Rivers Theater.

—Ya ves... Sin novedad.

—Pero tenías que ir a Londres con la compañía, ¿no?

—¡Tenía que ir! —soltó la joven.

Rubia, sofisticada, de cuerpo esbelto y bien cuidado y aquel par de piernas que no se recataba en mostrar, Dolly era una muchacha que se hacía mirar.

El tipo que no le había quitado el ojo de encima se apartó al ver que la muchacha ya había encontrado compañía.

Ella se levantó y murmuró:

—Voy mejor de pie, hay tipos que parece que nunca hayan visto a una mujer.

—Es que como tú se ven pocas —sonrió Clif.

—No bromees.

—¿Qué pasó con lo de Londres? —inquirió él.

—Rivers lo que quería era *strip-tease*.

—¿De veras?

—Había prometido presentar un *ballet* de esos... que lo que menos importa es el baile. Bueno... Yo no soy una mojegata, pero presentarme desnuda tampoco. Una es cómo es... No pretendo ser un ángel. Ya he perdido la ilusión de triunfar como bailarina, pero no me he hecho a la idea de caer tan bajo. Para hacerlo no es necesario moverse del país. Hay docenas de sitios donde llaman las cosas por su nombre sin disfrazarlo.

—Tan revolucionaria como siempre. Me gustas así, Dolly.

—Digo lo que pienso. Tú lo supiste entender a tiempo y te largaste.

—No, no. Yo me marché de la compañía porque pagaban poco... Y porque para mí no había viaje a Londres. Era sólo para vosotras.

—Ahora no ha sido para nadie. Rivers se ha quedado sin compañía. Pero dicen que está buscando chicas. Conmigo que no cuente... Pero ¿y tú? ¿Dónde actúas?

—En ninguna parte.

—¡Ah! Eres una hormiguita. Tienes ahorros.

—No, no. Nada de eso. Busco... Busco trabajo, pero no tengo

prisa...

—Bueno. Yo ya he llegado —contestó la rubia cuando el Metro se detuvo en una estación—. Vivo aquí al lado. A la segunda esquina. No te invito. Es una pensión de mala muerte.

—¿Has cenado?

—No. Pero mi compañera habrá preparado algo. Es Gertrud. ¿La recuerdas?

—¿Gertrud, Gertrud? ¡Oh, sí...! La de las pantorrillas torcidas.

—¡Vaya! No se lo digas...

—¡Oye, se me ocurre una idea! ¿Por qué no vamos a alguna parte?

El Metro abrió las puertas.

—¿Tienes compromiso?

—No, pero...

—Decide pronto.

—Pues ya está. ¡Si tú invitas...!

—Pues claro.

El Metro cerró de nuevo y continuó el camino.

En la otra plataforma un hombre que aparentemente leía el periódico lanzaba miradas furtivas a la pareja.

Aquel hombre se apeó del tren en la parada en que lo hicieron Clif y Dolly.

* * *

Tras la cena acudieron a una *boite*.

Dolly parecía haber pasado una buena velada que concluyó cuando Clif la dejó en el portal de su casa.

—Vivo en el tercero —dijo ella—. Una pocilga... Pero ¿qué quieres...? Una no encuentra trabajo con sólo desearlo.

—Dolly, tengo algún dinero ahorrado —y Clif se metió la mano en el bolsillo para sacar algo.

—¡Oh, no!

—No pretendo ofenderte. Ni te pido nada a cambio.

—Sé que no lo harías.

—Ya irán mejor las cosas... —Y le metió un puñado de billetes en la mano, sin contarlos.

—Clif... —empezó ella.

—No digas nada, ahora.

—Volveremos a vernos...

—Pues... Creo que no... Bueno, mañana lo tengo libre —rectificó, pensando en que el asunto Colman no se produciría hasta el día siguiente.

—Está bien... Te lo dedico si quieres.

—Tengo ganas de pasar un buen día... sin trabajar —repuso él también.

—Pero ¿no quedamos en que no trabajas? —sonrió ella.

—¡Oh! Digamos que me dedico a negocios.

—Bueno, pues hasta mañana.

—Pasaré a recogerte a las diez. ¿Te parece?

—Estupendo. ¡Un día sin madrugar! ¡Al diablo el trabajo! —Luego volvió sus ojos a la mano que aún llevaba llena con los billetes—. Dios te bendiga.

—Puede que ya lo haga —repuso Clif.

La dejó después de darle un beso en la mejilla, que ella devolvió cerrando los ojos.

Se marchó entonando una leve melodía.

Dolly era una muchacha llena de temperamento. Muy hermosa y llamativa... y hasta deseable, pero se dijo que con Cintya podía pensar más seriamente. Dolly era... una amiga, como tantas otras. Se podía pasar un día bien... y sobre todo si no tenía nada que hacer en la ciudad. Sí, se prometió una jornada estupenda para el día siguiente, pero ignoraba que en aquel momento y desde una cabina telefónica, alguien estaba llamando a la muchacha.

—¿Eres Dolly? —preguntó el hombre.

—Sí soy yo. ¿Quién es? —inquirió ella desde el teléfono del rellano.

Gertrud, la muchacha de «las pantorrillas torcidas» como la había definido Clif, asomó por la puerta.

—¿Es para ti? —preguntó.

—Sí.

—¿Y quién te llama a estas horas?

Ella sonrió y volvió a poner toda su atención al teléfono.

CAPÍTULO VIII

Cuando Clif llamó a la puerta del apartamento que Dolly compartía con Gertrud eran las diez de la mañana.

No contestó nadie.

Bajó a la planta baja y permaneció esperando un rato, indeciso, confuso y extrañado porque imaginaba a Dolly esperándole.

Subió una mujer cargada con unas bolsas de un supermercado. Observo a Clif y comenzó a subir los peldaños.

Al cabo de un rato, Clif escuchaba todavía las pesadas pisadas de la mujer.

Volvió a subir y coincidió con la vecina en el rellano del tercer piso.

La saludó con la cabeza para volver a llamar a la puerta donde vivían las dos amigas.

La mujer cargada con las bolsas de la compra estaba tratando de abrir la que debía ser la puerta de su casa.

—Perdone. Aquí no contesta nadie... ¿Ha visto salir a las chicas que viven en...?

La mujer abrió la puerta sin contestar hasta que no hubo pasado al interior de su apartamento. Entonces antes de cerrar dijo:

—Yo *no* me ocupo de los demás, amigo.

Y cerró la puerta.

«Vaya una amabilidad», pensó Clif.

Volvió a bajar pensando en lo extraño de la ausencia de la muchacha, pero luego se dijo que tal vez le había salido alguna oportunidad de trabajo y desistió de esperar.

Apenas había llegado a la calle cuando vio aparecer a Gertrud.

La «muchacha de las pantorrillas torcidas» no era un adefesio ni mucho menos. Simplemente tenía bíceps en la parte baja de las piernas y más que una bailarina parecía una mujer de su casa. Venía con una bolsa de la compra.

—¡Clif! —saludó sorprendida.

—Hola, Gertrud... Pensé saludarte arriba, pero no hay nadie.

—Creí que tú y... ¿Pero no estabas con Dolly?

—Quedamos en que pasaría a recogerla hoy a las diez. ¿No te lo dijo?

—Tunante —sonrió Gertrud.

—¿De qué ríes?

—¿Es que no la telefoneaste anoche? Con lo contenta que se puso ella. ¡Mira! Ésta es una inversión con el dinero que le diste —y mostró la bolsa de la compra.

—Perdona, Gertrud. No te comprendo...

—Tú le diste dinero...

—Eso sí, pero... Dijiste que la había telefoneado.

—¡Oh, Clif! Conmigo no es necesario que andes con tapujos.

—¿Pero qué tapujos...?

—Pues que cuando la dejaste apenas subió y empezó a contarme lo de vuestro encuentro, sonó de nuevo el teléfono. Está en el rellano. Y lo cogió ella.

—¿Y qué?

—¿Es que no fuiste tú quién llamó para... invitarla?

—¡Claro que no!

—Pues ella dijo que eras tú.

—¡Oh, no, Gertrud! No podía ser yo.

—¿Por qué no?

—Porque no. Nos despedimos y quedamos para hoy.

—¿Hablas en serio?

—¡Claro que sí!

—Pues, chico... No lo entiendo. Dolly y yo puede decirse que no tenemos secretos entre nosotras... ¿Porque tendría que mentirme? Si no eras tú... ¿Quién podría ser?

Clif quedó pensativo. Luego sus ojos se cruzaron con los de Gertrud.

—Gertrud... —empezó lentamente Clif—, ¿estás segura que te dijo que era yo?

Ella asintió.

—Palabra, Clif. Palabra. Dijo que se iba a reunir nuevamente contigo y estaba muy contenta.

—Es extraño...

—Sí lo es —admitió Gertrud mirando fijamente al joven—. Pero si mintió... sus motivos tendría. ¿No crees?

* * *

Al día siguiente Clif ya no había vuelto a pensar en Dolly.

Se levantó temprano, tomó un buen baño y se vistió cuidadosamente para ir a hacer «su trabajo».

Recordaba mentalmente el rostro de Spender Colman, el hombre al que debía sustraerle la cartera que contenía las películas donde se hallaban filmados los importantes documentos que la CIA tenía que sustituir.

Media hora antes de la señalada ya estaba en uno de los bares del aeropuerto Kennedy aguardando el avión de las diez treinta y cinco.

Y el avión llegó con diez minutos de retraso, que aumentaron con el tráfico continuado de los viajeros que abarrotaban pasadizos, vestíbulos y corredores de salida.

Por fin aparecieron los pasajeros del vuelo que aguardaba Clif.

Disimuladamente pero a la vez con la máxima atención, el carterista observó a los recién llegados.

¡Sí! Allí estaba su hombre. Inconfundible: ¡Colman!

Spender Colman avanzaba entre los demás pasajeros, con sus gafas de concha de alta graduación, con su estatura más bien baja y vestido con un traje oscuro, de buen paño pero algo usado. Tal como lo había visto en las fotografías.

Colman —a juicio de Clif— era de la clase de personas de proceder rutinario. Hombres que dentro de su importancia viven con sencillez, con abrumadora monotonía y visten igual.

Había llegado el momento de empezar el trabajo.

Observó alrededor recordando las fotografías que le habían hecho de sus últimos «trabajos».

No creyó ver a nadie que se ocupara de él.

Avanzó dispuesto a realizar el mandato de la CIA.

Por primera vez sintió un leve nerviosismo. Algo que no había experimentado antes cuando trabajaba libremente. «Por su cuenta».

Aquella vez estaba consciente de su responsabilidad.

Y Colman avanzaba, con su aspecto distraído, bonachón.

Clif ya estaba metido entre la barahúnda de los que iban y de los que venían.

La distancia entre él y Colman se había reducido.

Caminaba empujando de modo que su trayectoria le colocara en línea recta hacia su objetivo.

Se necesitaba habilidad para «trabajar» en aquellas circunstancias, porque si por un lado parecía más fácil a efectos de ser descubierto, por otro, la misma gente podía ser un obstáculo.

Pero Clif sabía que no podía fallar.

Colman estaba ya a un par de metros.

El carterista se hallaba preparado.

Y el empujón tuvo efecto.

—Oh, disculpe... ¡Hay tanta gente! —exclamó.

Sus dedos ágiles y seguros notaron el contacto de la cartera que andaba buscando. La escamoteó rápidamente y la cartera pasó al bolsillo de Clif momentos después de separarse de su víctima.

Pero Spender Colman demostró un sentido del tacto exquisito.

¡Se había dado cuenta en breves momentos!

—¡Mi cartera! —gritó—. ¡Detengan a ese hombre!

Y media docena de individuos que hasta entonces habían figurado como otros tantos futuros viajeros, o recién llegados, se pusieron en movimiento.

Colman, a través de sus gafas, miraba el tumulto y señalaba con el dedo.

—¡Es ése! ¡Ese que va por ahí!

Y señalaba sin ninguna clase de titubeos a Clif Coole.

Los agentes corrieron tras el carterista, que a trompicones y empujando de verdad consiguió abrirse paso.

Alcanzó al final una de las puertas de salida y continuó su carrera.

Tras él sonaron algunos disparos.

¡Iban contra él!

Los agentes, sin embargo, no podían precisar para no herir a las personas que constantemente afluían al aeropuerto entrando o saliendo.

Recordó las palabras del capitán Waldon:

«Cuando tenga lo que queremos actúe por sus propios medios. Si hay contratiempos recuerde que no le conocemos en absoluto».

—¡Por mis propios medios! —repitió en voz alta—. Pues voy a hacerlo.

Y siguió su frenética carrera con los agentes pisándole los talones.

CAPÍTULO IX

Sus propios medios se reducían a sus piernas y con ellas no podría seguir durante mucho tiempo con la gente que le venía detrás.

¡Y con armas!

Una motocicleta en el aparcamiento correspondiente le dio la momentánea solución.

La vio y deseó fervientemente que no tuviera el contacto cerrado, o que la llave estuviera puesta.

Saltó sobre el sillín con la destreza que un *cow-boy* experto montaría un caballo.

La moto estaba lista para partir.

Clif lanzó un suspiro y dio el gas.

—¡Trata de fugarse! —gritó una voz a lo lejos.

¡Claro que trataba de fugarse! ¡Por si acaso!

Aquella gente de la CIA daba tanta verosimilitud a la persecución que Clif temió que cualquier bala perdida pudiera alcanzarle. Y más aún cuando alguien dijo:

—Dispara a las ruedas. ¡A las ruedas!

Y Clif mientras daba gas a fondo recordó otras palabras del capitán:

«El valor de la vida de un individuo es nulo comparado con la seguridad de la nación».

Y si no lo dijo de este modo, la cosa venía a ser lo mismo.

La motocicleta alcanzó casi su máxima velocidad.

Detrás seguían un par de coches para los que no importaba en absoluto el tráfico de la carretera.

Clif pasó a la autopista y aceleró más, pero la motocicleta ya estaba al límite de su potencia.

Los automóviles continuaron también su frenética persecución.

De cuando en cuando Clif se volvía hacia atrás comprobando la

distancia que le separaba de sus seguidores.

No podía, sin embargo, descuidarse a la velocidad que iba, superior desde luego a los cien por hora.

Las bocinas de los coches seguidores sonaban con insistencia pidiendo paso.

Sonaron disparos y Clif sintió la sensación de que las balas le buscaban sin comedias. Aquello no era fingido y si lo era... no lo parecía.

La marcha continuó, la motocicleta sorteando los coches que tenía delante con mayor habilidad. Serpenteaba de continuó para llevar siempre una buena distancia, cuanto menos que le permitiera no perder terreno, y si pudiera haber algún coche de por medio mucho mejor.

Los coches en ello estaban en inferioridad porque no siempre conseguían que se les cediese el paso.

Y la carrera, digna de la mejor secuencia cinematográfica, continuaba con el mismo frenesí con que había empezado.

El primer desvío de la autopista fue aprovechado por Clif, que salió para adentrarse por una ruta secundaria.

Zigzagüeo de manera que sus seguidores no se percataron del cambio de dirección hasta que habían rebasado la línea, lo que no fue óbice para que maniobraran aun contra todos los reglamentos internacionales.

Marcha atrás en plena autopista con la consiguiente secuela de frenazos bruscos, de bocinazos y de improperios lanzados por los conductores de los otros vehículos.

Pero aquella maniobra que los dos automóviles seguidores de la motocicleta tuvieron que efectuar una nueva ventaja al carterista, que había tomado un par de kilómetros más de ventaja.

Siempre sin aflojar la marcha, Clif llegó a otro cruce y más allá a un camino sin pavimentar que correspondía a una de las nuevas urbanizaciones en construcción.

Se metió entre el laberinto de obras. Derribó un andamio en el que por fortuna no estaba subido nadie y al sortear unos barriles derribó una pila de latas que cayeron con gran ruido seguido de los improperios de los guardianes de las obras.

Naturalmente, Clif siguió la marcha sin volverse y llegó hasta una valla provisional puesta para las obras.

Por fortuna para él, la barrera que consistía en un tablón, estaba a suficiente altura para poder esquivarla bajando la cabeza y pegándose al manillar como hubiera hecho un jinete del viejo Far West sobre lomos de un animal.

No escuchaba los improperios que le dedicaban los testigos de su loca carrera.

Y así Clif llegó a las inmediaciones de la playa. Dobló hacia la izquierda y continuó sin aminorar.

Los coches ahora estaban a bastante distancia, pero él sabía que no podía confiarse.

Recorrió la larga avenida y tomó el desvío que indicaba de nuevo el camino de la autopista.

Continuó.

Poco después entraba ya en uno de los túneles.

Cuando volvió a salir lo hizo a pie.

Resultaba extraño, casi absurdo, ver a un hombre sólo caminar por entre el tráfico, aunque fuera sólo por la orilla, pero sus seguidores buscaban a un hombre con una motocicleta y la motocicleta había quedado en el túnel, en una de las cavidades de protección para los obreros.

A buen paso cruzó la calzada para dirigirse hacia el otro lado.

Una estación del elevado le dio la pista para alejarse de allí.

Media hora más tarde, libre ya, por lo menos momentáneamente, de sus seguidores, Clif Coole bajaba de un taxi en la esquina inmediata anterior del muelle de embarque del *ferry* que le conduciría al parque de la Estatua. Allí donde majestuosa se levantaba la enseña de la libertad.

Saltó materialmente sobre el *ferry* cuando iban a retirar la pasarela.

Lanzó un suspiro cuando vio que el barco se alejaba del puerto.

No. Ninguno de sus seguidores se hallaba cerca.

Retrocedió de espaldas a estribor y antes de alcanzar la barandilla se volvió de repente cuando una mano se le posó sobre el hombro.

—Ha tardado.

—¿Qué?

Se encontró con el rostro impenetrable del hombre albino.

—¡Ah! Es usted...

—Claro...

—Dice que he tardado...

—Más de lo que había calculado... Vayamos hacia allá. No hay peligro de que nos vea nadie. No hay nadie peligroso. Estoy seguro.

—Felicite al capitán de mi parte. Sus hombres han representado una comedia tan real que si me descuido me acribillan.

—Ya fue usted advertido de los riesgos. Esta clase de trabajos no admiten concesiones... Comprenderá que de este modo nadie podría imaginar jamás que usted trabaja para nosotros.

—No. Supongo que no.

—Le esperaba a usted con algún disfraz. Se ha arriesgado mucho.

—Waldon me dijo que tenía que trabajar tal como estoy.

—Comprendo. Los agentes no le han dado tiempo a cambiarse.

—Pensé que no surgirían complicaciones, pero Colman se ha dado cuenta enseguida. No lo comprendo. Juraría que ni siquiera le había rozado... Tendré que entrenarme... —Y ante la mirada impertérrita de su interlocutor, rectificó—: Entrenarme por si... la CIA vuelve a necesitarme.

—No cite nombres por favor...

—Oh, sí, desde luego.

—¿Tiene la cartera?

—Sí. Ni siquiera me ha dado tiempo de mirarla —la extrajo de su bolsillo y la abrió.

—¿Qué busca?

—Me gusta ver el contenido de lo que... «sustraigo».

—Cuidado, no se le vaya a caer —previno el albino.

Estaban apoyados junto a la borda sobre las plateadas aguas de la bahía.

Clif extrajo de la cartera cuatro clisés de fotografías de paso universal.

—Guarde esto y deme la cartera —pidió Ludwick con marcada insistencia.

Clif abrió el departamento del dinero. Había unos cuarenta dólares.

—¿Y esto?

—Todo. De aquí no se toca nada —repuso el albino Ludwick.

—Está bien, está bien. Aquí está. Espero que el capitán cumpla

lo prometido.

—El capitán siempre cumple lo que promete.

—Entonces si me detienen... ¿Qué debo hacer?

—A propósito —cortó su interlocutor—, tengo instrucciones para usted...

Miró alrededor y viendo que una pareja se acercaba hizo un movimiento indicando que fueran al otro lado.

Se sentaron en uno de los bancos solitarios de la cubierta superior y Ludwick sacó rápidamente del bolsillo cuatro clisés en apariencia iguales a los de la cartera de Colman y los depositó en ella. A cambio se guardó los originales.

—Tome.

—¿Me lo devuelve? No pretenderán que vuelva a meterla en el bolsillo de Colman, ¿verdad?

—No, no... Ahora voy a darle las instrucciones.

—Está bien, diga.

—Debe usted dejarse ver por la ciudad. El capitán se refiere a dejarse ver en los sitios que normalmente frecuenta.

—¿Para qué?

El albino prosiguió:

—No olvide ponerse su disfraz habitual. La peluca, el bigote... En fin, todo...

—Sí... Y un anuncio que diga: «Soy carterista. ¿A qué esperan para detenerme?».

—Exactamente eso es lo que desea el capitán.

—¡Diablo!

—Usted lo ha dicho, Coole. Es un carterista y la policía le busca. Pues bien, debe encontrarle y debe encontrarle con esa cartera encima. Enseguida sabrán a quién pertenece y la devolverán a su dueño. Esto ocurrirá si todo sale bien en el espacio de muy poco tiempo... Los cómplices de Colman no podrán sospechar que hemos cambiado el film original, por una buena razón. Y esa razón es que usted habrá robado a Colman, como hubiera podido hacerlo a un ciudadano cualquiera...

—Oiga, oiga...

—Recuerde la promesa del capitán, Coole... Un trabajo nunca es completo si no se termina.

—Pero dejarme atrapar...

—Tiene que hacerlo, de lo contrario el trabajo no sería perfecto. ¿No se da cuenta? Tiene que «creer que usted robó la cartera única y exclusivamente por el dinero».

—Sí, sí... Esto ya lo comprendo, pero... ¿Cómo me van a sacar de la cárcel?

—No se preocupe. Pasará unos días encerrado. Usted diga simplemente lo que diría si le cogiesen en cualquier ocasión. Dé las excusas que quiera, pero no mencione al capitán. Deje pasar algún tiempo. Ya recibirá noticias.

—Mire... esta parte del trabajo, Waldon no la mencionó.

—Las cosas se han presentado de forma que conviene actuar así.

—Yo robé la cartera. Ya es suya —la alargó al albino—. Quédensela, patéense el dinero y apáñense para devolverla, pero de esto a que yo... me entregue voluntariamente...

—¡Coole! —exclamó Ludwick en un susurro—. No olvide que si ahora nos abandona será como si no hubiese hecho nada y el capitán se sentirá desligado de su palabra.

—Chantaje otra vez.

—Piense más en su país, Coole.

—Otra vez con ésas... Mi prestigio irá por los suelos si me dejo atrapar.

—Piense en la condena que le impondrían... y en que pronto se verá libre, y lo que es mejor aún, sin antecedentes.

—Bueno —aceptó al fin el joven—. Ustedes ganan siempre.

—¡Ah! Y recuerde una cosa, Coole... No debe parecer que es usted quién se deja coger sino que le atrapan de veras. Oponga alguna resistencia.

—Sí, sí, haré toda la comedia.

—Para usted no será difícil. Ya ha actuado en un escenario —y el albino por primera vez dejó escapar una fría sonrisa.

CAPÍTULO X

La comedia continuaba.

Clif se había endosado nuevamente la peluca y el bigote. Iba también con el traje príncipe de gales y la corbata oscura con el sombrero tipo hongo.

Eligió la Estación Central de Nueva York y mientras se paseaba por allí pensó en las veces que había burlado a la policía y que ahora por una ironía debía dejarse atrapar.

Compró un periódico y lo hojeó distraídamente.

Iba a dejarlo cuando una noticia de sucesos llamó su atención:

«Bailarina, muerta estrangulada»

Y encabezaba el breve reportaje... ¡un retrato de Dolly!

—¡Dolly! —exclamó Clif.

El artículo decía que la muchacha fue encontrada desnuda en unos jardines de Central Park, la tarde anterior.

«Esta madrugada... —continuaba el comentario— se ha dado con el domicilio de la muchacha, que convivía con una amiga suya de la misma profesión. Todos los datos que esa amiga ha podido facilitar a la policía es que Dolly desapareció la noche anterior después de una llamada telefónica. Siempre, según la señorita Gertrud, la única persona que al parecer vio con vida últimamente a la muchacha asesinada fue un hombre llamado Clif Coole...»

—¡Sólo faltaba esto! —expresó nuevamente Clif, pero de inmediato pensó también en la infortunada Dolly.

Se dijo que era una buena muchacha y que aquel crimen le parecía imposible, pero recordó las palabras de Gertrud, que

aseguró que tras aquella misteriosa llamada telefónica ella —Dolly— había asegurado que quien la había llamado era el propio Clif.

¿Mentía Gertrud?

¿O acaso alguien se había hecho pasar por Clif?

Metido en sus propias cavilaciones no había advertido la presencia de los agentes. Uno de ellos era el sargento ayudante del teniente Siodmak.

Y el sargento observaba a Clif.

Instintivamente —y sin ninguna clase de teatro— Clif soltó el periódico y procuró alejarse.

Su huida contribuyó a confirmar las sospechas del sargento.

—Seguidle y que no escape.

Y Clif comenzó a correr por entre los andenes.

En otra puerta dos agentes estaban pendientes de las entradas y salidas de viajeros.

Al ver a un hombre correr mirando hacia atrás se pusieron en guardia. Lo demás lo hizo la forma de vestir de Clif y sus señas personales.

—¡Es tal como se nos ha facilitado la descripción! —dijo uno.

Clif escapó de todos modos, y es que dejarse atrapar le costaba.

En su carrera, tan real que parecía como si verdaderamente quisiera eludir a sus seguidores, derribó a un par de personas y saltó por encima de una de las carretillas automáticas que transportaban el equipaje.

—Vaya hacia la salida treinta dos. Avise por radio —dijo el sargento a uno de sus subordinados.

Los transmisores individuales contribuyeron a la caza, cuyo final, por más que Clif quisiera demorarlo, estaba ya previsto de antemano.

Rodeado ya y cuando parecía que, en efecto, no tenía más salida, Clif se detuvo y se dejó prender.

* * *

Los postizos estaban sobre la mesa del teniente Siodmak, junto con la documentación de Clif y la cartera birlada a Spender Colman.

—Bien, bien, bien —canturreó Siodmak—. Al fin te hemos cazado... Has empezado un mal día... Una sola cartera y preso. Te costará caro. Claro que si nos ayudas... no sé, podría intentar algo en tu favor aunque no te prometo nada.

—Bueno, teniente, no pienso discutir. Así que... haga lo que le parezca.

—De acuerdo, de acuerdo... Dime cuántas carteras has conseguido con tus procedimientos. Más o menos... Y dónde están...

—No llevo la cuenta y las carteras las tiro. ¿Para qué voy a guardarlas?

—Pero el dinero no, ¿verdad?

—El dinero lo gasto.

—¿Todo?

—¿Para qué se ha hecho el dinero, teniente? —sonrió Clif.

La situación casi le divertía porque sabía que al final de aquello le esperaba la libertad.

—Te pregunto si lo has gastado todo.

—Pues sí...

—¡Mientes! —extrajo una lista de entre los papeles que tenía sobre la mesa y dijo, leyendo—: Más de siete mil dólares... En dos semanas... No has podido gastarlos.

—Se nota que usted no conoce Nueva York.

—Con siete mil dólares en el bolsillo, no. Pero pronto sabremos las cosas nuevas que has comprado. Te serán confiscadas, ¿comprendes? Lo que se obtiene con dinero robado no se puede disfrutar.

—Teniente, enciérreme usted y déjeme en paz. Acepto mi culpa. Sé perder. Eso es todo.

—¿Qué tramas tú? —preguntó con recelo el policía, y frunció el entrecejo para repetir—: ¡Vamos! ¿Qué diablos pretendes? Aceptas tu culpabilidad. No... No... Los tipos como tú buscan siempre excusas.

—Mire, teniente... Me han cogido con las manos en la masa. Repito que soy de los que saben perder.

La entrada del sargento cortó la conversación. El suboficial informó:

—Se ha comprobado, señor. Spender Colman ya ha denunciado su robo. La cartera le fue sustraída en el aeropuerto, cuando llegaba en un avión procedente de Cabo Kennedy. Vendrá personalmente a recogerla. Dice que es muy importante.

—Debe serlo. Pertenece a la NASA. ¿Te das cuenta de lo que has

hecho? —Y el policía se volvió hacia el carterista.

—Lo mío, teniente. Yo no sé distinguir a los hombres de la NASA de otros... Suelo oler el dinero, con ese Colman o como se llame me equivoqué. Tenía cara de llevar más pasta.

Tras un silencio el teniente soltó:

—Podrían acusarte incluso de espionaje.

—No me haga reír —y Clif estaba a punto de hacerlo.

—Robar carteras es un delito, pero robarlas a un hombre que trabaja entre los altos secretos del Gobierno... ¿Qué crees que es?

—¡Eh, teniente! ¡Poco a poco! Yo no conocía a ese hombre... No selecciono con antelación a los que voy a robar. Elijo de lo que hay, y nunca «trabajo» a gente conocida. ¿Lo entiende?

—Yo sí, pero tal vez un jurado no lo crea así... ni el propio juez. Claro que si me ayudaras un poco con el número de carteras robadas y me dijeras qué has hecho realmente con el dinero...

—¡Ah! Ya comprendo... No, gracias, teniente. Prefiero que me tomen por un espía. Me voy a dar una panzada de reír. De veras, teniente. Yo un espía... ¡Je!

Y pensó en la CIA.

Como no hubo modo de sacarle nada en claro, Siodmak, que seguía ignorando la comedia de Clif, le mandó encerrar.

* * *

No llevaba ni diez minutos en la celda del puesto de policía cuando le sacaron otra vez.

En esa ocasión el asunto versaba sobre el asesinato de Dolly.

—Bien... Bien, Clif. Parece que últimamente te persigue la desgracia... Te cogemos y podemos acusarte como un vulgar ladrón y encima andas metido en un asesinato... Y esto sí que es grave.

—Oiga, teniente, no se pase de listo. Yo salí con Dolly hace dos noches y volví a buscarla ayer y ya no estaba. Cite a su amiga Gertrud y confirmará lo que le digo.

—Sí, sí... También tengo el informe aquí, y esa Gertrud confirma lo que dices, pero eso no te excluye... Tú pudiste discutir y matar a esa chica y al día siguiente ir a buscarla para que Gertrud no sospechara nada.

—Basta, teniente. No enmarañe las cosas. Yo no tengo nada que ver.

—Yo no enmaraño nada. Este asunto no corresponde a mi

distrito. Van a llevarte a presencia del teniente Riordan. El es quien lleva el caso.

—¡Vaya, que se me rifan! —bromeó todavía Clif.

Pero las ganas de hacer broma se le pasaron en cuanto en el otro recinto policial le catalogaron prácticamente como principal sospechoso del asesinato de aquella muchacha.

—¡Le diste dinero y luego quisiste abusar de ella! ¡Confíésalo! —instó el otro oficial encargado del crimen—. Ella se negó y la estrangulaste... Además de ser un ladrón eres un sádico... Confíésalo al menos. Busca una excusa para tu defensa. Algo que sea convincente, pero negando no conseguirás hacerme creer que no tuviste nada que ver en el asunto.

—Es falso que yo volviera a salir con Dolly, teniente. Cuando la dejé regresé a mi hotel.

—¿Y quién te vio?

—¡Y yo qué sé!

—Ya hemos preguntado en el hotel. El conserje no recuerda haberte visto regresar.

—¡Diablo! Me llevé la llave, suelo hacerlo. A veces no me conviene que me vean entrar y salir. Es para mí «trabajo». Eso sí que no lo niego. Hace un par de semanas que empecé a robar carteras, pero de eso a ser un asesino ni hablar. Además, a Dolly no hubiese tenido necesidad de forzarla... Ella me apreciaba... Si tanto la hubiera deseado... a lo mejor... ¡Pero no en un parque, caray! Todavía hay clases.

—¡Encima te comportas cínicamente!

—Digo la verdad.

—Bien, volvamos a empezar...

Fue uno de esos interrogatorios que agotan a policías y al interrogado porque duró toda la noche.

Los policías se turnaron, pero Clif no podía turnarse con nadie y tuvo que aguantar.

Cuando amanecía, sus ojos se le cerraban de sueño.

El teniente sacudió la cabeza de un lado a otro y murmuró:

—Que descanse durante una hora. Luego volveremos a empezar.

CAPÍTULO XI

No podía juzgarse descabellado acusar a Clif de asesinato, teniendo en cuenta que, según posteriores informes, Dolly, la muchacha estrangulada en el Central Park, no tenía amigos con los que saliera con alguna frecuencia, no mantenía correspondencia con nadie porque además carecía de familia, y últimamente sus salidas de casa se limitaban a ir en busca de «trabajo».

Se insistía pues en que Clif Coole era la última persona que la había visto con vida.

—¡No fui yo! —repitió al tercer día de ser interrogado—. La última persona que la vio fue el asesino. Yo estaba en el hotel... Y déjeme en paz. Esto es pasarse de la raya.

El teniente le aconsejó que se buscara un buen abogado.

—No me cargarán este crimen... ¿Comprende? ¡Y no quiero ningún abogado! Saldré de aquí cuando menos lo espere, teniente —y no dijo más.

El policía podía optar por acusarle formalmente y entregarlo al juez o soltarle, porque ya había transcurrido el tiempo fijado por la ley para retener a un sospechoso.

Pero en el caso de Clif existía la posibilidad de no perderle de vista porque tenía que continuar detenido por el asunto del robo y el teniente Siodmak de su distrito ya había redactado el informe para entregarle al juez, por lo tanto siempre cabía volver sobre el crimen, sobre todo cuando se pudieran reunir más pruebas que simples presunciones.

Y así Clif fue trasladado a la prisión preventiva mientras se preparaba su proceso.

Le advirtieron que podía salir con una fianza de 8000 dólares, que eran más de los que se calculaba que había sustraído.

Aceptó resignado y esperanzado el traslado. Resignado porque tenía que seguir allí hasta tanto el capitán Waldon no decidiera

informar sobre él, y esperanzado porque sabía que todo aquello «no era verdad», de que iban a soltarle.

Al cabo de una semana todavía conservaba su buen humor e incluso bromeaba con los otros detenidos.

A las dos semanas estaba ya harto de convivir con aquella gentuza con la que no se sentía identificado.

Cumplida ya la tercera semana comenzó a pensar seriamente en su vida pasada. Realmente la idea de robar al prójimo ahora se le antojaba una cosa que clamaba un castigo, pero por otra parte a él se le había prometido amnistía y ésa amnistía no acababa de llegar.

Al mes y pico de hallarse preso Clif ya no aguantó más.

—¡Quiero hablar con el teniente! —exigió.

Siodmak acudió pensando que el preso tendría algo que explicarle a fin de verse libre momentáneamente.

El lugar donde guardaba lo que le quedase del dinero sustraído era lo que imaginaba el teniente.

La entrevista tuvo efecto en la sala de visitas de la prisión preventiva.

Allí tras unas reservas iniciales, Clif pidió:

—Quiero ver al capitán Richard Waldon de la CIA.

—¿Richard Waldon? ¿Qué estás tramando, Clif?

—Nada, teniente... A mí se me prometió algo y ya me estoy cansando que no se cumpla.

—¿Qué te prometieron y quién?

—Lo siento, teniente. No puedo hablar. Lo haré en presencia del capitán Waldon.

—¿Tratas de impresionarme? La CIA no tiene ninguna autoridad sobre la policía. ¿Comprendes?

—Por favor, teniente. Sólo pido ver al capitán Waldon... Usted estará presente.

—¿Por qué no empiezas por el principio, Clif?

—Luego. Si me dan autorización.

—No te entiendo, y la verdad es que no puedo complacerte. Estás acusado formalmente de robo.

—Maldita sea, teniente. Sáqueme de aquí para hablar con el capitán...

El teniente salió sin prometer nada y dejó pasar una semana que Clif pasó rabiando y exigiendo de continuo ver a Siodmak, quien

compareció al cabo de siete días justos.

—¿Estás decidido a decirme algo más, Clif?

—Si no me lleva ante Waldon haré algún disparate. Y si tengo que contar todo lo que sé... estoy seguro de que alguien le reemplazará en el puesto.

—¿Amenazas incluso? Bien, allá tú. No moveré un dedo para ayudarte si no colaboras. Lo siento.

Y así transcurrió otra semana.

Pero aquella insistencia de Clif de querer ver al capitán Waldon de la CIA le daba que pensar y habló con sus superiores.

El capitán inspector del distrito aconsejó:

—Hable primero con ese Waldon. No creo que Clif Coole lo nombrara con tanta insistencia sin justificación.

—Es lo que he pensado yo.

—No es que me guste que los de la CIA se metan en nuestros asuntos, pero puede tratarse de algún asunto privado. Esto me hace pensar en esa cartera robada a ese hombre de la NASA... Vaya, Siodmak... Como simple información, hable con Waldon y veamos qué ocurre.

Aquella misma tarde, Siodmak regresó al despacho del capitán inspector e informó:

—He hablado con el capitán Waldon, señor.

—¿Y qué?

—Dice que no sabe nada. Que la primera vez que ha oído nombrar a Clif Coole ha sido cuando yo se lo he nombrado.

—¡Hummm! Me lo suponía.

—Hay que creer que Clif miente.

—Si Waldon admite no conocerle sí, pero... ¿Por qué Clif inventa esa historia?

—Está atrapado, capitán. Ya hemos tenido casos en que los presos se las dan de listos y con el fin de provocar nuestra confusión inventan cosas. A veces lo hacen para llamar la atención.

—Vaya a ver a Clif y observe cuál es su reacción cuando le dé la respuesta de Waldon.

* * *

—¡Lo sabía! —exclamó Clif—. ¡El lo dijo, que ocurriera lo que ocurriese negaría conocerme!

Ésa fue la reacción de Clif, que añadió:

—¡Pero la culpa es suya, teniente! ¡Tenía que verle yo solo! No me habría escapado... Hubiesen podido bloquear la calle, taponar las puertas del edificio. Sólo pretendía hablar con Waldon, luego si él lo creía oportuno ya le hubiese llamado.

—¿Por qué mientes, Clif?

—¡Váyase al diablo, Siodmak!

—Lo siento, lo siento por ti, Clif —repuso el policía.

* * *

Cuando se cumplieron sobradamente los dos meses, Clif había vuelto a insistir en ver a Waldon, y el propio capitán, con la autorización debida, quiso hacer la prueba.

Por fin Clif fue autorizado a ir a ver al capitán de la CIA.

Fue conducido en un coche no oficial debidamente escoltado. No se le quitaron las esposas hasta momentos antes de bajar del automóvil.

Varios policías quedaron de vigilancia en el lugar, mientras Clif entraba en el edificio.

El propio capitán inspector de la brigada aguardaba en la calle, para salir de dudas.

También Clif sentía deseos de terminar con aquella situación. Estaba cansado del juego y por lo menos quería saber a qué atenerse.

Entró pues como un ciudadano cualquiera, vestido con normalidad y preguntó por el capitán Waldon.

—¿Le espera a usted? —le preguntaron.

—No, no. Creo que no.

—Suba al segundo piso. Allí le informarán.

Perdió algún tiempo para enterarse dónde podía, por fin, hablar con Richard Waldon.

Empujó la puerta del despacho que le habían indicado.

Había dos hombres sentados en otras tantas mesas. Era un despacho pequeño, pero bien equipado.

—¿El capitán Waldon? —inquirió Clif.

—Yo soy —dijo uno de los dos hombres.

Clif clavó la mirada en aquel perfecto desconocido.

—No, no perdone... Yo busco a Richard Waldon.

—Soy yo —insistió el hombre.

—¡No puede ser! —exclamó Clif—. Tiene que haber otro.

—Le aseguro que en el departamento... —se contuvo.

Comenzaba a presentir la verdad, aunque se negaba a aceptarla.

—¿No hay ningún otro capitán con ese nombre, verdad?

—Puedo asegurarle que no... Pero ¿por qué ha venido usted aquí?

—He venido para hablar con alguien que se hizo pasar por usted. Ahora creo comprenderlo todo.

Y se dejó caer en una butaca.

CAPÍTULO XII

Clif Coole ya no tuvo ningún reparo en explicar toda la historia y lo hizo delante del auténtico capitán Waldon y en presencia del teniente Siodmak y del inspector de la brigada, en el despacho del hombre de la CIA.

Cuando concluyó de relatar la historia que había finalizado con el robo de la cartera de Colman, Waldon se puso en pie de un salto.

—¡Debió explicar todo esto antes!

—¿Y cómo iba a hacerlo? Me pidieron la máxima discreción.

—¿Pero no se le ocurrió que todo esto podían pedírselo aquí, en la oficina, y no en un lugar abandonado y con todo el teatro que le echaron?

—Lo siento, capitán... Les hacen a ustedes tanta propaganda con los sistemas que uno acaba por creerlo. Me dejé engañar, pero de veras ahora me gustaría colaborar con ustedes.

—Tendrá que hacerlo —repuso Waldon—. En primer lugar quiero echar un vistazo a esa casa donde le llevaron. ¿Cree que podrá encontrarla?

—Sí, señor. Lo intentaré al menos.

Siodmak intervino.

—Habrà que pedir permiso al juez. Clif está detenido en espera de que se le juzgue.

—Arreglen eso como puedan. Se trata de un caso especial, que cambia por completo el aspecto del delito.

—Es que Clif Coole robó algo más que la cartera de Colman —insistió Siodmak.

—De acuerdo, teniente —atajó el carterista—. Me pasé de listo y me engañaron como a un pobre idiota, pero no es la jugarreta únicamente lo que me duele. Más que todo esto es haber hecho el juego a los que posiblemente forman parte de esa banda de espías o de traficantes en secretos... Y eso, teniente... eso sí que me gustaría

arreglarlo a mi manera... Aunque luego me carguen de años... Se lo ruego, déjenme intervenir.

—De momento —prometió el teniente—, te conseguiremos el permiso para que colabores con Waldon. De momento nada más. Ya has estropeado bastante las cosas.

—Bueno, déjenle en paz —repuso Waldon—. Parece sincero. Después de todo, pensaba hacer un servicio a la nación.

—Sí —sonrió el teniente—, a cambio de la inmunidad. Y de quedarse con el dinero robado. No está nada mal.

—¡Vamos a ese sitio! —espetó el capitán Waldon—. Ustedes ocúpense del permiso entretanto. Nos interesa ganar tiempo.

Waldon no podía aguardar. En aquel asunto era necesario actuar rápidamente.

Ocupó un lugar en el coche junto con Waldon, otros dos agentes de la organización y el teniente Siodmak, que acudía como responsable de la custodia del detenido.

Clif sugirió:

—Creo que lo mejor es partir del aeropuerto Kennedy. Así podré orientarme.

Waldon asintió y a partir de ahí, Clif fue indicando el camino.

—Ahí fue donde torcieron —dijo llegando al primer cruce—. Yo iba todavía sin la venda negra.

Después indicó el lugar donde el auto se detuvo y le pusieron la venda para impedirle ver el camino.

—Cerraré los ojos para simular aquel día —dijo y a continuación añadió—: Tuerza a la derecha y siga recto. Velocidad bastante rápida, pero sin exagerar... Unos ochenta o noventa tal vez... Si no me equivoco, a los cinco minutos habrá otro desvío a la derecha. Un ángulo de ciento ochenta grados que seguidamente vuelve hacia la izquierda.

El agente que conducía siguió las instrucciones de Clif, lanzando el automóvil a la velocidad que indicaba el carterista.

El capitán Waldon consultaba un plano de aquella parte.

—Ahí está una pequeña colina.

—Ahí hay una urbanización llamada St. Raphael —repuso el teniente—. Un amigo mío vivió allí.

—Bien allí puede existir esa doble curva que indica, Clif. Sigamos y no olvidemos el tiempo.

Antes de los cinco minutos la carretera formaba un doble cruce.

—Un momento —exclamó Clif—. No. Las curvas no son muy pronunciadas, pero quizá... No sé, me gustaría ver lo que hay más adelante.

—Nada —repuso el teniente, con el plano ahora—. Después de la colina la carretera da un rodeo y vuelve hacia aquí.

—Entonces tal vez dieron la vuelta aquí, pero sin seguir la ruta normal —adujo el joven—. Pruebe a ver. Dé la vuelta completa y luego siga a la derecha.

Waldon asintió y el chófer puso en práctica la idea de Clif, que cerró los ojos.

Después de la maniobra volvió a abrirlos.

—¡Eso es exactamente lo que hicieron! —gritó Clif—. Ahora sigamos recto. Hay unos diez minutos. Llegaremos a otro cruce para internarnos por un camino sin pavimentar.

El coche siguió la marcha y surgieron otros cruces sin pavimentar, pero bastante antes del tiempo indicado por Clif.

Cuando más o menos pasaron los minutos marcados por el carterista surgió el cruce que podía resultar el que necesitaban.

Siguieron el sendero por una zona descuidada y de vegetación reseca. Allí todo parecía abandonado y desde luego reinaba un total y extraño silencio.

Por fin, tras uno de los recodos apareció la silueta de la casa.

—¡Allí está! ¡Es aquélla! No cabe duda... Desde aquí puedo ver que tiene porche. Cuando estemos dentro podré decirlo con toda seguridad.

* * *

El coche se detuvo antes de llegar al edificio, que acusaba el paso del tiempo. Cada hombre preparó su revólver por si era necesario utilizarlo y avanzaron hacia la casa.

—Póngase detrás —aconsejó Waldon a Clif.

Llegaron hasta el porche y al mirar hacia la puerta, el joven avanzó para subir al porche.

—¿Qué hace? ¡Apártese de aquí! —previno nuevamente Waldon. La madera del porche gruñó cuando Clif pisó con normalidad.

—Sí, estoy seguro. Por aquí me hicieron entrar... Pero dudo que ahora encontremos a nadie.

Waldon se pegó al lado y escuchó. Los demás le cubrían desde

las esquinas.

Dentro, efectivamente, no se oía ningún ruido, como si la casa estuviese vacía.

El de la CIA probó de abrir y la puerta cedió.

El interior era el mismo que había visto Clif cuando fue conducido allí.

Registraron toda la casa sin hallar la menor huella de nadie.

En la especie de despacho donde le fue confiado la misión, Clif indicó a Waldon:

—Aquí estábamos el falso Waldon y el tipo albino. Abajo se hallaban los dos mastodontes. Luego ese tipo que hacía las fotografías, el otro carterista y el chófer eran todos los que yo vi.

—Siete —contó el de la CIA.

—Sí.

Los hombres, con miradas expertas, intentaban encontrar algo.

—Por si acaso deben haberse llevado todo lo que quedaba, si es que en realidad había algo aquí —comentó Waldon.

Luego ordenó que dos de sus hombres se quedaran de guardia.

—Les enviaré relevo —dijo, y él mismo se puso al volante del coche.

El asiento delantero bastaba para llevar a los tres hombres. Clif, sentado en el centro entre el de la CIA y el teniente Siodmak, comentó:

—Me utilizaron para robar ese documento a Colman y sustituirlo por uno falso, pero es absurdo. Los técnicos se habrían dado cuenta del cambio. ¿No?

—Se trata de planos y fórmulas, Clif —repuso el capitán Waldon —, y esto lleva algún tiempo en descifrarse, ¿comprende? Posiblemente ese carterista que usted mencionó debe ser el encargado de devolver el auténtico film a Colman antes de que nadie se entere... En realidad ellos lo único que parece lógico que hicieran fue tener la película el tiempo indispensable para sacar una copia, luego tal vez el mismo día volvieron a sustituir un film por otro. Es decir el falso por el auténtico.

Clif no podía ocultar su contrariedad.

—¿Por qué diablos me escogerían a mí?

—Por la habilidad de sus manos —repuso el de la CIA.

—Claro... Y quisieron que efectuara el trabajo sin la peluca y el

bigote que usaba y creo que comprendo por qué.

El de la CIA asintió.

—No querían exponerse a que la policía pudiera reconocerle y detenerle antes de terminar su «trabajo».

—Sí. Lo mismo que he pensado yo —admitió Clif.

—Vuelva a describirles a todos, Clif. Bebemos encontrar a esa gente —pidió el capitán Waldon.

—¡Espere! El que se hacía pasar por usted... Dijo que me había visto actuar en el Rivers Theatre.

—Pues vamos allá, tal vez alguien sepa algo de él —y el capitán Waldon aceleró la marcha.

Una hora más tarde se hallaban frente al viejo local donde Clif había actuado durante algún tiempo.

Apareció el propio Rivers en mangas de camisa. Tenía un apartamento en el mismo edificio y ahora aunque el local se hallara provisionalmente cerrado, su propietario continuaba viviendo allí.

Waldon pidió la colaboración del teniente.

—Preferiría que mostrara su credencial.

Siodmak lo hizo tal como se lo pedían y Rivers se mostró bastante malhumorado por aquella visita.

—No quiero saber nada de líos. Si Clif Coole ha hecho algo, que se apañe...

—Gracias por su amabilidad —atajó el aludido—. Pero sólo deseamos saber si sabe algo de un tipo bastante alto, buena musculatura, pelo ondulado... Es algo mayor que yo y al parecer frecuentó algunas veces el teatro.

—¿Crees que me fijo en todas las personas que entran? Yo me ocupo de la taquilla únicamente y en los últimos tiempos era un verdadero desastre. El espectáculo lo aguantaban sólo las chicas. Muchos vienen sólo por las chicas, pero no quieren vulgaridades y ellas piden un dineral, y cuando les ofreces algo bueno, te salen con la decencia...

—¡Chicas! —exclamó Clif—. Esto me recuerda que hay alguien que quizá podría informarnos mejor... Vamos.

—¿Dónde? —quiso saber el de la CIA.

—A casa de Gertrud. La muchacha que vivía con su amiga que asesinaron en Central Park.

CAPÍTULO XIII

Gertrud, tras oír las explicaciones y saber lo que se quería de ella, pensó unos instantes...

—Desde luego acudían algunos hombres para citarse con nosotras. Dolly aceptó un par de veces... Describe otra vez a ese individuo.

Y Clif volvió a dar las señas personales del falso Waldon.

—Pudiera ser uno de ellos. En realidad yo no le vi nunca. Pero ¡espera! Dolly me contó que una noche aquel tipo la llevó a Bizet's.

Allí podrán informarte mejor.

—Sé dónde está —repuso él.

—Espero que tengas suerte... Y siento que por mi culpa puedan haberte mezclado en el asesinato de Dolly, que por lo que veo sigue sin ponerse en claro.

—Y yo también lo siento, pero la policía —ironizó Clif— está demasiado ocupada en detener a los carteristas.

—Bueno. Vayamos a ese sitio —cortó el capitán Waldon.

El automóvil les dejó en

Bizet's,

cuarenta minutos más tarde. El local se hallaba en las afueras y estaba bastante concurrido.

—¡Un momento! —exclamó Clif mirando hacia la muchacha que vestida con mallas y bikini recorría la sala realizando fotos a los clientes que lo pedían—. Ella es buena fisonomista. La conozco. Se llama Betty.

Poco después hablaban con ella junto a la larga barra del bar.

Una música ambiental sonorizaba todo el local, cuyas mesas estratégicamente repartidas estaban casi el completo.

—Sí... Recuerdo perfectamente a Dolly, y ahora que lo dices... una vez o dos vinos acompañada de un hombre. Si esperas que

termine buscaré en los clichés, pero tiene que ser por la noche.

—¿No pueden sustituirla? —adujo el de la CIA—. Es importante conocer cuanto antes al individuo para saber si seguimos una buena pista.

—Lo siento. Pero tengo bastante trabajo y el patrón frunciría el entrecejo si me marchó ahora. Pero dentro de media hora dispondré de algún tiempo para la cena, y podemos ir a mi casa.

—De acuerdo —repuso el de la CIA—. Aprovecharé para echar un vistazo a los archivos, quizá podamos ganar tiempo.

Se trasladaron al departamento. El teniente informó a su superior de las pesquisas realizadas, y al colgar salió en ayuda del capitán Waldon.

—El inspector dice que cree recordar a un carterista de las características que ha indicado Clif. Un tal Buchani, de origen italiano según creo. También nosotros buscaremos en los archivos.

—Bien, hágalo y no se preocupe por Clif. Está colaborando muy bien.

El teniente frunció el entrecejo y lo dejó en compañía del capitán.

El repaso de los ficheros del departamento no arrojó ninguna luz sobre el asunto.

Había pasado el tiempo y los dos hombres, Waldon y Clif, salieron para la casa de la fotografía Betty, del Bizet's.

Vivía en uno de los nuevos barrios al norte, cerca del local donde trabajaba.

Eran apartamentos pequeños con jardín, especie de *bungalows* de parecidas características.

—Aquí es —dijo Clif señalando una de las casas.

Dentro había luz.

—Llegamos con oportunidad —dijo Waldon.

Clif llamó a la puerta y esperó:

—Betty puede ayudarnos mucho. Si tiene un cliché de Dolly y su acompañante sabremos si es ese falso Waldon.

—Eso nos dará una mejor orientación —repuso el de la CIA, y añadió—: ¿Por qué no abre?

Clif insistió. Luego el capitán descubrió que la puerta estaba abierta.

Tras una leve vacilación decidió entrar seguido de Clif.

El *hall* que hacía las veces de sala principal de la casa estaba vacío.

Clif la llamó.

Una puerta se cerró de golpe en la parte de atrás. Instintivamente el joven fue hacia allí.

Había un corredor que iba al dormitorio, cuarto de aseo y trastero que la muchacha utilizaba como laboratorio. Era una estancia muy pequeña, tan pequeña que con los chismes para el revelado y demás apenas si cabía una persona.

Antes de seguir por el breve corredor, Clif frenó la marcha mientras el de la CIA exclamaba:

—Hemos llegado demasiado tarde.

—¡Cielo santo! —exclamó a su vez el joven.

Atravesada en el corredor, con los pies a la entrada del cuarto estudio, se hallaba Betty. Muerta. Tenía el rostro ensangrentado. El arma homicida había sido una figura de bronce que ahora se hallaba también en el suelo.

El pequeño laboratorio se hallaba completamente revuelto.

—Ya no hay duda, capitán —dijo Clif—. Es obra del que le suplantó a usted. Intenta destruir todas las pruebas que puedan conducirnos hasta él... ¡Cielos! Esto me recuerda el asesinato de Dolly...

—¡Esta muchacha acaba de ser asesinada! —Gruñó el capitán—. Hay que echar un vistazo a...

No concluyó la frase. En aquel instante y por la parte del jardín trasero un coche se ponía en marcha.

—¡Deprisa! —exclamó el de la CIA.

Salieron hacia el coche de Waldon, quien se puso al volante.

Pisó a fondo y comenzó la persecución del fugitivo.

El asesino escapaba por un sendero de césped para salir a una de las calles de la urbanización.

—Hay que detenerle como sea —dijo Waldon—. Pase a mi lugar. Trataré de disparar a las ruedas del coche.

Se intercambiaron con las naturales dificultades y Clif ocupó el lugar del conductor.

Aceleró todavía más cuando el fugitivo alcanzaba ya la calle principal que conducía a la salida de la urbanización.

El auto que conducía el asesino corría a buena velocidad, pero Clif demostró tener también buena habilidad como chófer y seguía pisando mientras empuñaba con firmeza el volante.

El fugitivo vio mermada su ventaja inicial y se volvió para disparar.

No se dieron cuenta del peligro hasta que la bala atravesó el cristal inastillable del parabrisas.

Instintivamente Clif agachó la cabeza mientras el capitán gruñía:

—Usa silenciador —apuntó a las ruedas y apretó el gatillo, pero no logró su objetivo.

—Procure acercarse más.

—Es lo que intento —repuso Clif.

La aguja cuentavelocidades osciló hacia el máximo.

Las distancias quedaron acortadas y sonó otro disparo amortiguado por el silenciador.

El de la CIA se echó hacia atrás y Clif comprobó que había sido herido en el costado.

—¡Capitán!

—¡No disminuya la velocidad! —ordenó Waldon, a la vez que asomaba con temeridad.

Un tercer disparo del asesino estuvo a punto de alcanzar a Clif, en el momento en que Waldon acertaba a la rueda trasera del coche del fugitivo.

A ciento sesenta kilómetros de velocidad, el que iba al volante del auto no pudo dominarlo y el vehículo comenzó a zigzaguear por la carretera hasta que por fin se estrelló contra una valla.

El sistema eléctrico produjo un cortocircuito y el tanque de la gasolina estalló.

El ocupante del coche había salido despedido poco antes. Era el falso capitán Waldon.

* * *

Una hora más tarde, el falso Waldon se hallaba en el hospital luchando entre la vida y la muerte.

El médico aconsejó al de la CIA:

—No le atosigue demasiado. Está muy grave.

—Necesito que hable... —repuso el capitán al que entretanto le había sido curada la herida, si bien se le aconsejó un descanso que en aquellos momentos se negó a tomarse.

Y el hombre de la CIA pasó a la habitación del accidentado.

Salió al cabo de diez minutos. Llamó a la enfermera para decirle:

—Ha muerto.

Uno de los dos hombres que habían salido del departamento para ayudar a Waldon preguntó:

—¿Dijo algo?

—Dio unas señas... Creo que habrá que echar un vistazo.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó Clif.

—Tal vez... Por si puede identificar a alguno más del grupo.

El teniente Siodmak llegaba en aquellos momentos.

—¡Teniente! —exclamó Clif—. Quería decirle algo con respecto al asesinato de Dolly... Pudo ser muy bien ese falso Waldon. Lo pensé al encontrar a Betty muerta. Está claro que después de nuestra charla en la casa abandonada debió seguirme o hacerme seguir por alguien, con la misión de informarle de cuánto hacía. Al verme salir con Dolly debió comunicárselo. Ese tipo ya no hay duda que era el que salió con ella un par de veces... Si yo cometía una indiscreción al hablar con la muchacha explicándole la misión que me había sido confiada, ella podía descubrir la verdad.

—Sigue —pidió el policía.

—¿No lo comprende, teniente? Dolly era la única que podía decirme que Waldon era un impostor. Ella sabía cuál era su verdadero nombre, si me lo hubiese comunicado a mi yo habría sospechado enseguida.

—Su deducción no está nada mal —adujo el de la CIA—, pero ahora tenemos algo más importante que hacer.

—A propósito —adujo el teniente—, he hecho sacar una copia de la foto de Buchani. Es éste —y mostró la copia, Clif tras mirarla, lo reconoció enseguida.

—¡Sí! Es el carterista de la banda —manifestó.

—A ése sabemos dónde encontrarle.

Seguidamente se pusieron nuevamente en marcha. El objetivo eran las señas que había facilitado el falso Waldon antes de morir.

CAPÍTULO XIV

Uno de los agentes conducía. Waldon ocupaba la parte de atrás del coche, donde se hallaban Clif y el teniente.

El de la CIA informó:

—Vamos a un local del Bronx. Se llama El Cuervo. No sé lo que encontraremos allí, pero puede ser interesante.

—¿Ha averiguado cómo se llama ese individuo? —preguntó el teniente.

—Sus documentos son a nombre de Andrew Mac Pherson, pero puede que ese nombre tampoco sea auténtico. Buscaremos toda la información que exista en el departamento.

El auto se plantó en veinte minutos en los muelles del Bronx. Encontraron el local en una esquina.

Era un auténtico antro.

—Vosotros dos id por esa puerta —dijo a sus hombres—. Teniente, si quiere ayudarnos busque otra salida. Esta clase de locales están llenos de agujeros por donde es fácil escapar.

—¿Y quién va a escapar? —preguntó el policía.

—No lo sé. Es por si acaso...

A Clif le indicó la puerta principal.

—Tal vez encuentres a algún conocido. Yo entraré después. Si ves a alguien bastará con que me hagas una seña.

El —llamémosle— excarterista obedeció la indicación del capitán y entró en el antro tras descender los dos escalones de desnivel.

Los otros estaban en los lugares elegidos de antemano.

El local en aquellos momentos se hallaba bastante concurrido.

Una ligera ojeada le bastó a Clif para descubrir al chófer de la pandilla, que le observó un instante y haciendo como si no le hubiera visto echó a andar hacia la parte trasera.

Clif le siguió y vio que el hombre se dirigía hacia un corredor.

El chófer se perdió tras una sucia cortina y cuando Clif llegó hasta allí vio solamente unas cuantas puertas, y aunque sospechó que su perseguido había entrado a alguna de ellas no pudo averiguar cuál.

Un individuo salió del fondo donde arrancaba un breve tramo de escalera. Al ver a Clif preguntó:

—¡Eh! ¿Qué buscas aquí?

—A unos buenos amigos. Supongo que estarán en algún reservado —dijo al azar.

—¿Amigos, eh? Pues si no sabes dónde están, lárgate.

—Es que...

—¡Fuera!

Y el tipo, con modales muy poco ortodoxos, empujó a Clif, pero éste se resistió a marchar de allí y sujetó la mano del tipo murmurando:

—Cuidado... No empecemos a armarla.

El tipo entonces hizo algo desconcertante. Silbó. Fue el suyo un silbido peculiar que inmediatamente atrajo a dos tipos altos como castillos que surgieron de uno de los cuartos.

—Echadle —dijo el hombre.

Los dos tipos avanzaron hacia Clif en el momento en que entraba el capitán y trataba de encontrar al joven, que metido en el corredor no podía verle.

Clif esquivó a uno de los tipos que trataban de agarrarle y al mismo tiempo se metió con el otro de forma tan rápida como inesperada.

Un certero golpe en el estómago hizo doblar al gigante. Seguidamente esquivó el puño del otro que bajaba como una maza.

Con extraordinaria habilidad retorció el brazo de su agresor y le volteó con una llave llena de limpieza.

Pero el otro atacante se rehízo y consiguió soltar el puño derecho, que hizo tambalear a Clif, pero se repuso enseguida y agachándose evitó la acometida de los dos mastodontes atacando a la vez.

—¡Basta! —Surgió una voz detrás de los dos hombres.

Era el tipo albino con su actitud fría y hostil, que empuñaba un revólver.

—¡Vaya! Ya sabía que donde había un chófer estaban los

pasajeros... ¿Estáis todos reunidos, honorables miembros de la CIA?

—¡Eh, vosotros! —dijo el albino Ludwick a los mastodontes—. Podéis iros... Yo tengo que hablar con ése.

Los dos tipos intentaban salir, pero fueron empujados hacia dentro por el revólver de Waldon, que al mismo tiempo murmuró:

—Vamos... ¿Quién más está ahí dentro? Soy Waldon y su jefe acaba de morir en el hospital cuando salía de asesinar a una fotografía del Club

Bizet's.

¿Alguien tiene algo que decir?

El albino hizo intención de disparar, pero Clif adivinó la intención y gritó:

—¡Al suelo, capitán! —Al propio tiempo se lanzaba contra el brazo armado de Ludwick para desviar el disparo.

Los dos hombres forcejearon y Clif masculló:

—Contigo también deseo ajustar cuentas...

Consiguió retorcerle el brazo para hacerle perder el arma.

En aquel instante la puerta se abrió de nuevo y aparecieron los dos guardaespaldas que fueron del falso Waldon.

—¡Aparta, Clif! —gritó el de la CIA.

Los del corredor comenzaron a disparar. Clif, sin lugar para maniobrar, se lanzó contra una de las puertas de los reservados, cuando los disparos atrajeron a los que estaban fuera, que se apresuraron a intervenir contestando a los balazos.

Uno de los guardaespaldas —que habían secuestrado a Clif en el aeropuerto— cayó herido, los demás trataron de huir. Estaban todos, a excepción del carterista del rostro arrugado.

Al encontrarse entre dos fuegos no opusieron la menor resistencia.

Ahora sólo faltaba un detalle importante.

* * *

—¡Vamos! Aparte del hombre que se hizo pasar por mí... ¿Quién hay más detrás de todo esto? —empezó el capitán.

Hubo un silencio general y Waldon ordenó a sus hombres:

—Interrogadles uno a uno.

El teléfono reclamó la atención de Waldon, que tomó el aparato y fue informado por uno de sus hombres desde el hospital.

—El herido está bastante grave y he tratado de interrogarle,

capitán... tal como usted ordenó.

—De acuerdo. ¿Ha dicho algo?

—Sí. Ha pronunciado un nombre, pero... me cuesta trabajo pensar que pueda tratarse del jefe de la organización.

—Bien, voy para allá.

Poco después el capitán Waldon escuchaba de labios del propio agente el nombre que el herido había pronunciado.

—Bien... Es lo que deseaba saber. Ese asunto ya está resuelto.

—¿Piensa detener al jefe de la banda, capitán?

—¿Detenerle...? No... Es mejor mantenerle donde está, fingiendo que ignoramos su personalidad. De este modo nos será posible utilizarlo... Haremos lo que pretendieron hacer creer a Clif Coole. Tengo una buena idea. Espero que me permitan ponerla en práctica.

* * *

Dos días más tarde murió el que había sido herido en el tiroteo.

Clif había sido devuelto a la prisión, pero aquella mañana recibió la visita de Waldon, quien a pesar de la herida seguía en la brecha.

—Necesitamos otra vez a Clif, teniente. Tiene que hacer un trabajo que sólo él puede realizar. Consígale un permiso... Y a propósito, su ayuda nos fue muy eficaz, como espero que lo sea en este nuevo trabajo que quiero encomendarle. Por tanto y toda vez que un tipo que se hacía pasar por mí le prometió hacer borrón y cuenta nueva con las denuncias presentadas contra él... Pienso que ahora que colabora en serio, quizá podríamos discutir esta cuestión... cuando regrese, desde luego.

—Es un detalle, capitán —sonrió el preso.

—He dicho que lo discutiremos. La CIA siempre paga a sus colaboradores —y le guiñó el ojo.

Clif tomó el avión aquella misma tarde.

Tenía una misión que cumplir. Y la misión consistía en ir a la residencia de la persona que vendía la información, la que mandaba a toda la desarticulada banda.

Clif esperó a la noche para introducirse en el apartamento que le habían indicado.

El inquilino estaba durmiendo plácidamente.

¡Era el propio Spender Colman!

Sí. Colman era el jefe, pero por expreso deseo de los hombres de la CIA no iba a ser desenmascarado, sino utilizado.

Y allá en Washington, donde le habían sido confiados unos documentos igualmente fotografiados, Clif con manos ágiles los cambió por los que le habían dado en Nueva York.

¡Aquella vez sí que trabajaba a favor de la patria!

Salió de la casa dejando a Colman durmiendo.

* * *

El capitán se tomó unos días de descanso en su residencia de las afueras.

Sentado en una hamaca explicó a Clif:

—Más o menos se sabe que Colman no tuvo tiempo de pasar mucha información y seguramente para hacerlo cada vez se ha valido de un método distinto... El del robo para el que le utilizaron a usted es bastante ingenioso... No sustituían los documentos buenos por los falsos como suponíamos al principio, sino al contrario. Colman había entregado ya los buenos y en su lugar llevaba unos falsos por si debido a algún cambio de órdenes se le ordenase regresar. Tenía que hacerlo con un film, el que fuera, pero el caso es que pareciese auténtico... Entretanto los documentos auténticos eran fotografiados para mandarlos a Nueva York. Así pues llegaban primero que Colman... Al menos en este último caso.

—O sea que al robar la cartera de Colman, se la robé con el film falso.

—Exacto. El auténtico era el que le entregó el albino para que cuando le detuviera la policía le encontraran con la cartera y el film.

—Ingenioso, pero ¿cómo lo han sabido?

—En el caso presente —repuso el capitán— porque se ha podido comprobar por los técnicos. En fin, este asunto ha terminado ya para usted... A propósito, hay una cosa que posiblemente ignora... El hombre que murió en el hospital confesó que había sido el autor del asesinato de Dolly.

—Entonces no fue el que le suplantó a usted.

—No. Pero lo hizo por mandato suyo y trató de esconder el cadáver para que tardaran en encontrarlo. Bueno, ese individuo además de un sádico tenía algo de maníaco sexual. Con su muerte la sociedad se ha visto libre de un peligro más.

—Bien... Todo está ya pues aclarado... excepto mi situación. Tengo que presentarme otra vez al teniente... A menos que la CIA me pague sus servicios —insinuó Clif con una sonrisa.

—Vaya a ver a Siodmak. Creo que se llevará una sorpresa —y Waldon le guiñó un ojo con complicidad.

EPÍLOGO

Apenas habían transcurrido tres semanas cuando Clif Coole salía en avión destino a Chicago.

El pago de la CIA había consistido en anular todos los cargos que existían contra él por el robo de carteras. Obligación de devolver el dinero, y a cambio mil dólares como gratificación material por los servicios.

Las últimas palabras del teniente fueron:

—Espero que esta oportunidad te sirva para no volver a las andadas... Eres un buen prestidigitador. Roba carteras si quieres, pero en el teatro y en broma.

—Pensaré en su consejo —sonrió Clif.

Pero en quién pensaba a bordo del avión era en Cintya.

¿Cómo le recibiría ella al cabo de dos meses?

Posiblemente la muchacha ni siquiera se había enterado de las peripecias que durante aquel tiempo vivió Clif.

—Si se lo explico —pensó para sí— no va a creerme.

Bueno... ya inventaré algo. Eso es, inventaré algo que parezca más verosímil...

Y el avión continuó su vuelo llevando entre sus pasajeros a un hombre que acababa de empezar una nueva vida.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

